CONQUISTA ESPACIO



T.E. EL TERRESTRE EXTRA

Frank Caudett

CIENCIA FICCION

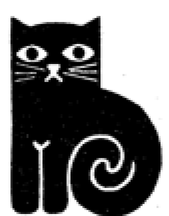


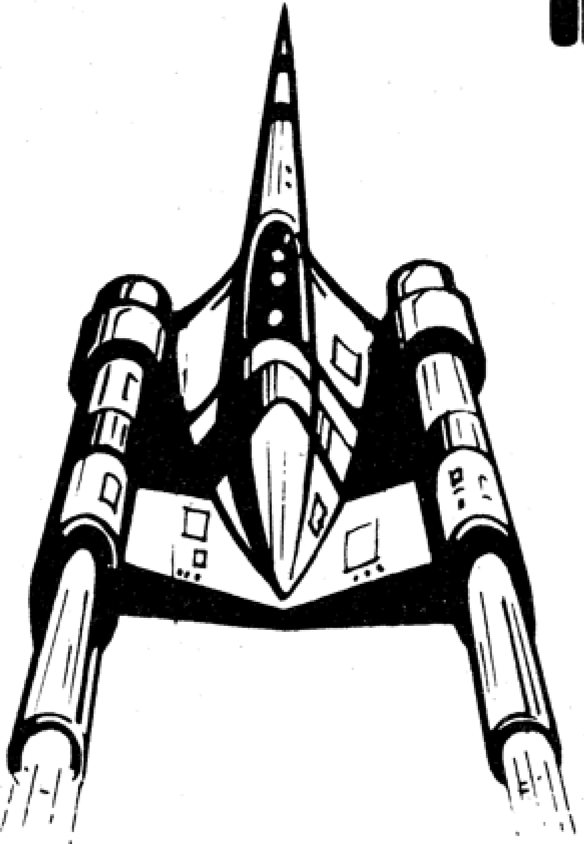
T.E. El terrestre extra

Frank Caudett

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

661 — La fortaleza flotante, *Joseph Berna*.

662 — La noche de los mutantes, *Curtis Garland*.

663 — Vendedor de plantas, *Clark Carrados*.

664 — El canje, *Ralph Barby*.

665 — El poder de los hombres araña, *Joseph Berna*.

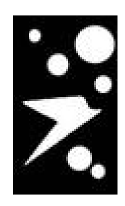
FRANK CAUDETT

T.E., EL TERRESTRE EXTRA

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 666

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 9.423-1983

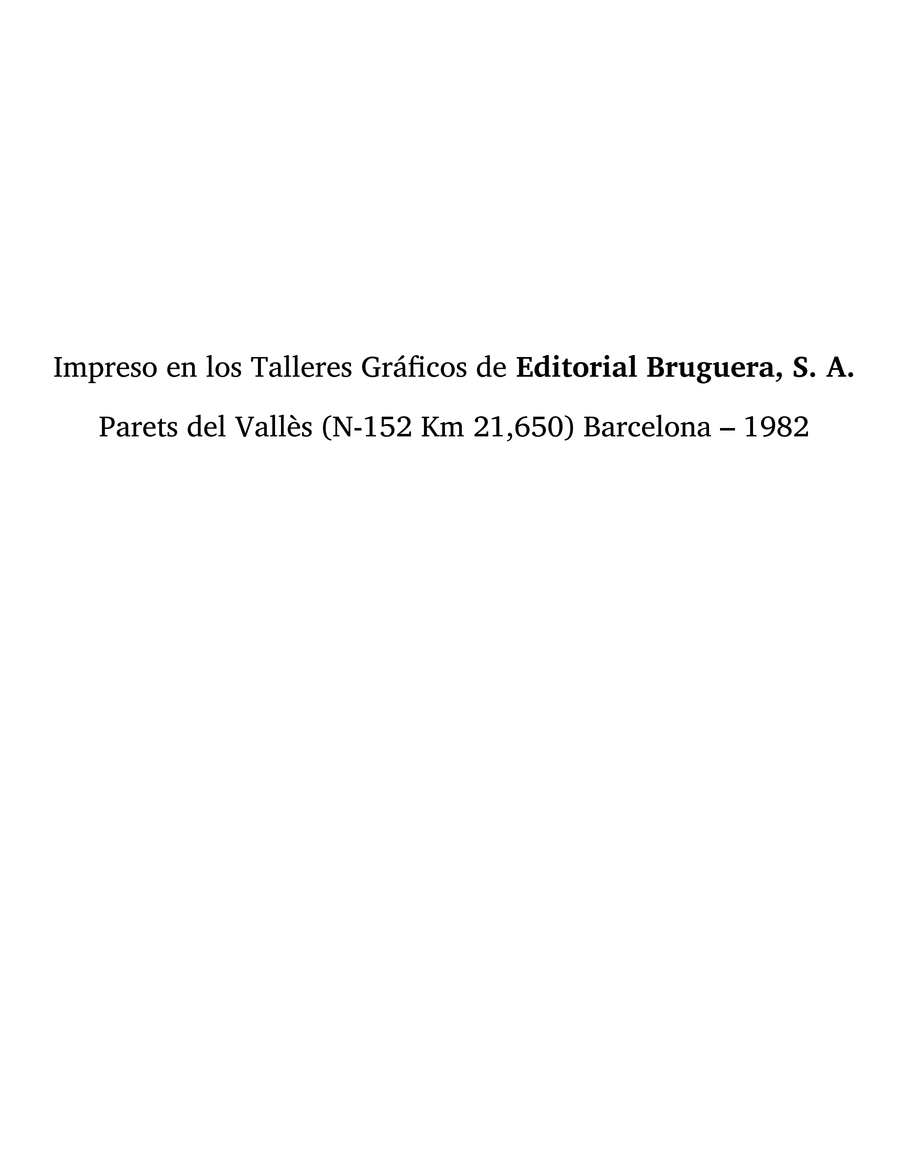
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1983

2.ª edición en América: noviembre, 1983

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.



Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

Se abrió bruscamente.

Con estrépito.

La puerta cristalera del Meteoro Pub's, ubicado al noroeste, dentro del territorio de la base militar conjunta —conjunta porque los soldados de aquel destacamento o guarnición espacial pertenecían a los ejércitos terrestres de Alemania, España, Francia, Reino Unido, URSS y USA— que se extendía sobre una vasta altiplanicie delimitada por cráteres naturales, alambradas láser y cortinas electromagnéticas, en el satélite Luna.

Esa puerta cristalera que señalábamos fue la que se abrió bruscamente y con estrépito.

Y los vidrios de la ya mencionada puerta estuvieron en un tris de hacerse añicos a causa de la violencia.

—Busco a un tipo al que llaman T.E. —dijo, quien había entrado como un huracán—. ¿Quién es T.E.?

Eso, aún, estaba por saber.

Pero lo que sí se sabía era que el fulano que preguntaba por T.E. era algo fuera de lo normal, desmedido, ilógico, excesivo, que se aupaba por encima de los 2,40 m de estatura, con brazos monumentales y un tórax que parecía la pétrea fachada de un sólido edificio.

Se trataba, probablemente, de un ser mutado. De aquellos que un día se encontraron desperdigados en la corteza de un planeta en extinción, por encima de Mercurio, y con los que se habían experimentado injertos humanoides.

—¿Quién es T.E.? —insistió, escupiendo material rojo inflamable, sus ojillos chispeantes, muy pequeños con relación a su apariencia física.

La chica, rubita, muy mona y descarada, que permitía que el

hombre acariciase en uno de los veladores del rincón, en penumbra, sus pícaros y tiesos pechitos, se removió, entre juguetona y cachonda, murmurando:

—¡Díselo, Taik! ¡Díselo, amorcito! Dile que el famoso T.E. eres tú. El terrestre extra... ¡el más fuerte y listo de todas las galaxias!

Taik Edward miró a Selenita como si ésta acabase de pronunciar una irreverencia. Apartando los profusos bucles dorados que rielaban su despejada frente, su frente de dios mitológico, inquirió:

—¿Es que te has vuelto loca, pequeña?

Y el gigantón, gritaba ahora:

—¡Cobarde! ¡Eres un cobarde de mierda, T.E.! Sé que estás aquí... ¡Identifícate!

El personal, militar en su mayoría, contemplaba con asombro y hasta con escepticismo al monumental energúmeno.

Selenita, entonces, saltó fuera de la silla, en pie y brazos en jarras, exclamando:

—¡Eh, tú, enorme! ¡Aquí le tienes...! Este... —señalaba al rubianco Taik—, ¡éste es T.E.!

Taik Edward la fulminó con la mirada.

—Me las pagarás, perrita lujuriosa.

El «excesivo» avanzaba como una furia, peor que un torbellino, hacia el demudado y bien parecido tipo que la muchachita bien formada y armoniosa, de culito respingón y excitante, acababa de delatar.

Rugía. El descomunal, rugía.

—¡Brrrrrrr...! ¡Te voy a destrozar!

Selenita, juguetona y con ganas de marcha y alboroto que estaba ella, se hizo a un lado para que los dos quedasen frente a frente.

Taik se había arrinconado en su silla, hacia el fondo, como si quisiera pasar desapercibido.

La verdad sea dicha, Edward no era ningún alfeñique. ¡Ni mucho menos! Sus buenos dos metros medía. Y la musculatura recia, elástica, ágil, se hacia patente bajo aquella camisa elástica, azul y

blanca, que encerraba su poderoso tórax. Y los bíceps de sus brazos no eran nada despreciables. Pero lo más simpático eran los ojos azules, vivos, muy abiertos y móviles, que expresaban un cómico terror. La nariz, recta y varonil, estaba como arrugada, encogida. Y sus labios carnosos, sensuales (labios que volvían locas a las hembras como Selenita e incluso a las que eran mucho más cabales), mostraban ahora un rictus melodramático de pánico.

—¡Te voy a destrozar, maldito T.E.! —repitió la bestia, 1anzándose, agresivo, hacia el otro.

—¡Espera, espera…! Podemos entendernos hablando, ¿no?

—No.

—¿Por qué… no?

—Lo has hecho con mi compañera. ¡La has engañado!

T.E. se encogió todavía más. Y dijo:

—Hombre… Tanto como engañarla, lo que se dice engañarla… ¿No crees que exageras, «descomunal»?

—Y me has humillado y ridiculizado —el bestial seguía en sus trece—. A partir de ahora, yo ya no seré nada. Un tipo vulgar a quien su esposa le pone cuernos acostándose con otro.

—¡Por mí, tranquilo, «descomunal»! Ya no se acostará más… Bueno, quiero decir que regreso esta tarde mismo a la Tierra. ¿Comprendes?

Le chispeaban los ojos, se inclinaba cada vez más hacia T.E., lo fulminaba y, desde luego, parecía no entender.

—Del primer puñetazo te haré estallar la tapa de los sesos —anunció, en prueba evidente de que ni entendía ni admitía los cínicos razonamientos del apuesto rubio—. Me has hecho cabrón y por eso voy a matarte.

Taik Edward extendió ambas manos hacia delante, vueltas las palmas al enorme, como tratando de contenerle.

Y exclamó:

—¡Espera, «descomunal», espera! No debes tomarlo así, ¡de veras! En la historia de la humanidad se habla de grandes hombres, científicos; matemáticos, cibernéticos, genéticos… que en su día

fueron cornudos. ¡Palabra! Y han pasado al álbum universal de los elegidos. ¿Vas…, vas comprendiendo? Y gracias a eso, gracias a que sus mujeres les… quiero decir que no les obligaban a malgastar con ellas la fuerza de sus cerebros, su inteligencia, la pudieron emplear en bien del avance, la ciencia y el progreso. Tú…, ¡tú tienes pinta de ser muy inteligente!

— ¡Brrrrrrr! Pretendes burlarte todavía más, ¿verdad? ¡Toma!

- trató de aplastar su puño derecho dentro de la cabeza rubia de T.E.

- Taik, para quienes le estaban contemplando, para cuantos con curiosidad e ironía eran testigos de la cómica escena, voló. Sí, voló. Al menos se fue hacia arriba como si tuviera alas saliendo del rinconcito donde se había acurrucado, sin tomar impulso.

- ya en el aire, su pierna izquierda sufrió una sacudida empotrándose en el gaznate de «descomunal» y proyectándole atrás.

- El ente mutado estrelló su bestial espalda contra el mostrador, porque los que en él se hallaban apartándose velozmente.
- Selenita, complacida, aplaudía la pirueta de T.E. —¡Bravo, chico, bravo! ¡Eres único! El de los dos metros y pico reaccionó con centelleante rapidez, yéndose hacia el rubiales con la testa por delante. —¡Brrrrrrr!
- Taik, al tiempo que esquivaba la brutal acometida, murmuró para sus adentros:«Que tu fuerza y la de las galaxias sea conmigo, Askroax…»Al darse cuenta de que su enemigo no se encontraba en la trayectoria emprendida testuz por delante, el brutal dio una vuelta venciendo su propia inercia y esta vez sí, esta vez impactó de lleno contra el pecho de Taik Edward.Ahora, sí.
- Ahora, todos, se quedaron boquiabiertos. Mudos por el asombro.
- Porque cuando esperaban que la definitiva andanada del «descomunal» partiese en dos al rubio, le abriera el pecho sin la menor dificultad…, el gigantón rebotó contra el torso de T.E. lo mismo que si fuera de piedra y se vino atrás, trastabillante, conmocionado, estrábicos los ojos y perdida por completo la noción de lo que estaba sucediendo.Dio giros idiotas sobre sí, buscando algo. Buscando, posiblemente, una explicación racional a lo que acababa de suceder.T.E.,

sonriendo, le hizo cosquillas en el ralo cabello pajizo mientras el enorme seguía bizco y tambaleante, diciéndole:— Lo siento, pequeñón. ¡Ah...! Y lo que te he dicho de los hombres ilustres es cierto. No debes tomar a mal ser cornudo.Volvió, dé pronto, a la realidad.—¡Brrrrrrrrr!Y sin más, le sacudió a Taik un trallazo en la boca del estómago que dejó sin aire los pulmones del rubio. Al ver que T.E. se agachaba como consecuencia del brutal puñetazo, el ente se fue atrás al tiempo que alzaba la pierna derecha, largándola adelante, dispuesto a arrancar la cabeza del otro, de cuajo, con tan violento patadón.T.E. que se esforzaba por recuperar el aliento vio venir la puntera de la bota directa a su entrecejo y entendió que si lograba su propósito lo fulminaba. Pero por algo le llamaban el terrestre extra y por algo contaba con la fuerza del semidiós cuya hija había rescatado de una muerte segura al estallar la nave de ella y quedar suspendida en el espacio... La fuerza de Askroax. Que estaba con él, sí. Que le permitió empequeñecer todavía más, encogerse al máximo, al tiempo que estiraba la zarpa diestra atenazando el tobillo del enorme, quebrándolo a la izquierda y luego, con giro seco, brusco, a la derecha.Se escuchó el crujido. Un crujido que les puso los pelos de punta a todos.—¡Aaaaaaaaaag! —aulló, corroído por el dolor, el «descomunal».Sujetándolo aún por el tobillo, T.E. acabó impulsándolo hacia atrás y le hizo medir el suelo del «pub» con las costillas.Pero era mucho enorme el «enorme», muy bestia el «bestia», muy descomunal el «descomunal»... o era quizá que a aquella masa mutada le dolían mucho más los cuernos que toda la violencia que el rubio acababa de desarrollar contra él ante el asombro de propios y extraños. Fuera lo que fuese, rugiendo, barbotando extraños sonidos, se encogió en tierra para tomar impulso y sobreponiéndose a los latigazos dolorosos que flagelaban su anómala anatomía, volvió a lo alto con las patas por delante y el decidido intento de desmantelar la cara y cabeza de su antagonista y cornificador.Por segunda vez atrapó *in albis* a T.E. y fue un verdadero milagro, algo increíble el que Taik lograra escorzar con el cuello evitando, parcialmente, la nueva y desesperada acometida del tipo.—¡Venga ya, T.E.! —Selenita se lo estaba pasando bomba—. ¡Acaba con él de una vez!Taik volvió a fintar porque el «descomunal», por los aires y fallada la primera andanada, extendió las zarpas hacia su testa rubianca cuando cruzaba a la altura de ella. TE no pudo zafarse del todo al abrazo y el «descomunal» pudo atraparle

por los bucles dorados y tirando de ellos, se lo llevó al suelo con él.Rodaron uno encima del otro, uno debajo, intercambiando la posición e intercambiando también golpes demoledores. Taik renunció al cuerpo a cuerpo que en nada le favorecía y buscando el vacío dio un giro al revés, espectacular, de fábula, sobre sí, volviendo en el aire hacia delante para machacar con ambos pies la cara del «descomunal», que ya se estaba incorporando también.Le hizo volar por encima del mostrador y arrugarse tras él, con tal violencia y sonoridad que pareció que el Meteoro Pub's se venía abajo, propinándole un susto mayúsculo al barman que salió como una bala de la barra, desertando al punto.T.E. situó un codo encima del mostrador y echó el hombro derecho atrás con el brazo encogido y el puño cerrado, convertido en un martillo.Transcurrieron varios segundos y luego, despacio, poquito a poco, por el otro lado de la barra de gutapecha claveteada comenzó a asomar el cabello, ralo y pajizo, del «descomunal». Después surgió la frente, el entrecejo, los ojos pequeñajos y alucinados... ¡ZZZZZZZZZZAS!El puño se fue veloz al encuentro de la cara o lo que fuese del enorme con el mismo calor y velocidad de un meteorito y poco faltó para que se la arrancase de cuajo.Cayó, atrás, dentro otra vez de la barra, definitivamente desmadejado.Un suspiro de tranquilidad y alivio —todos en los últimos momentos habían contraído la respiración instintivamente— escapó de las gargantas de los concurrentes.Selenita, picarona ella y con muchas ganas de darle quehacer al esqueleto, corrió al encuentro de Taik.—¡Bravo, bravo, T.E.!—batía palmas—. ¡No hay otro como tú! ¡Venga ese beso en los morritos de tu dama!Y ahuecaba los labios luego de reunirlos en forma de «o», ofreciéndoselos a su caballero.—Cierra los ojos —dijo él.—¡Claro!

- la bofetada que sonó entonces, en la Luna, dicen algunos que tuvo su eco en la Tierra.

- Cierto es, si, puesto que todos lo vieron, que Selenita «viajo» por los aires hasta sobrepasar la barra y quedarse muy quietita, acurrucada, encima de las desmadejada anatomía del «descomunal».

- dicen también, aseguran algunos, que la picarona rubita de senos tiesecitos y trasero respingón y provocativo, estuvo una semana buscando la cara por toda la superficie lunar pues estaba convencida de no llevarla puesta, como siempre,

encima del cuello.

- T.E. hizo un saludo reverencial a los asombrados, saliendo acto seguido del Meteoro Pub's. Con la firme decisión de anticipar en unas horas su viaje de vuelta al planeta de los terrícolas. El suyo.

CAPITULO PRIMERO

Fallon Worleys, con graduación aeronáutica de teniente, pero en funciones de comandante a bordo de la cosmonave Diagonal-102, de la que era totalmente responsable, pulsó la clavija que abría las prospecciones en la pantalla de videospace.

Convencida como lo estaba de que algo no iba bien. O lo que era peor, de que algo iba mal. Muy mal, sí.

Eso le pareció a la comandante Worleys en el momento en que el paisaje sempiterno del cosmos se abrió frente a sus ojos luminosos de precisa y preciosa tonalidad verde.—¿Estamos en nuestras coordenadas, señor Granger?Daniel Grangers, ingeniero de vuelo, que se hallaba sentado en el puente de mando de la nave por detrás de su comandante, consultando el mapa de vuelo de manera monótona, repuso:—Estamos fieles a ellas, comandante. Y... ¡detenidos dentro de ellas!—¿Me está usted diciendo que la Diagonal 102 se halla inmóvil en el espacio?—Es exactamente lo que le estoy diciendo, comandante Worleys.—¿Por qué, señor Grangers?—No tengo ni idea, comandante.—¡Paradise! —estalló, preocupada pero sin exteriorizar un nerviosismo excesivo la comandante de a bordo— ¿Puedo saber lo que está ocurriendo? ¿Por qué nos hemos inmovilizado? ¿Por que los mandos no obedecen?A la última pregunta se adelantó en responder el especialista electrotécnico de la cosmonave, Chas Diamond. En estos términos:—Los mandos no obedecen, Fallon, porque una fuerza superior anula nuestra energía. La succiona al parecer... —¡Paradise! ¿Qué ocurre?Paradise Shepard era una rubia de infarto cuyo traje espacial, excesivamente ceñido, se veía en serios apuros para contener aquel par de enormes senos que ella evidenciaba con orgullo... También el traje pasaba sus apuros para dominar aquel doble juego de escandalosas caderas, opulentas, saltarinas, que ponían negro a más de uno... entre ellos al ingeniero de vuelo Daniel Granger. Claro que, como Paradise estaba pirradita por Daniel, éste usaba y abusaba de sus rotundas caderas y sus pechos de vértigo cuando le daba la real gana.Paradise, de pie frente al tablero y la mesa de trabajo donde solía trazar figuras geométricas a base de regla, compás y escuadra, exclamó:—¡Estamos atrapados en un campo magnético, comandante!Fallon Worleys, parpadeó con legítimo y genuino asombro.

Un campo magnético... ¡Era imposible!

Y volvió a parpadear con rapidez, evidenciando a tope su

sorpresa.

- Guardando silencio por espacio de unos segundos.
- Fallon, como mujer, era sencillamente fenomenal. Una fuera de serie. Una superdotada de la natura que había querido lucirse en la *construcción* de aquella fabulosa hembra. Tenía una profusa mata de cabellos negros como la noche más oscura de la creación, brillante, que chispeaba en azul eléctrico de tan negra como era, la cual llevaba recogida en los lados y sobre la nuca en gracioso moño que en vez de aumentar su edad —26 recién cumplidos— la hacia aún más juvenil. Su óvalo era tostado, de perfecto trazo, y destacaban en él los ojazos verdes y luminosos al igual que los labios sensuales, húmedos, carnosos, curvados en singular arco de cupido.
- Los relieves de su cuerpo eran magistrales. Porque a la suave exquisitez de sus formas, agrestes también como lo demostraba la altivez majestuosa de sus pechos bélicos, se unía una fuerza, un impacto, que atraía de inmediato la atención, el interés y algo más, de los hombres. Cincelados sus glúteos espléndidos que giraban en lo alto de unas piernas largas y esbeltas, que desde la fina línea de los tobillos cobraban su máxima esplendidez en el ensanche mórbido de los muslos.
- Todo aquello, de por sí estimulante, quedaba ensalzado por el traje espacial de color plata, ceñido, opresivo, con cuello, cinturón, puños y tobilleras de color oro.
- —¿Dónde nace ese campo magnético, Paradise? —preguntó al fin.—No tengo ni idea, comandante Worleys.—¿Cuál es nuestra posición? Sabrás eso al menos, ¿no?—Sí... —musitó la rubia escandalosa, haciendo brincar sus ampulosos relieves pectorales—. Nos encontramos a unos cincuenta mil kilómetros de la Luna, al sureste, y a doscientos noventa y tres mil de la Tierra.En aquel preciso instante se dejó oír la voz metálica e impersonal de la magnocomputadora de a bordo:
- —Astronave de naturaleza desconocida acaba de situarse dentro de nuestra elíptica. Puede tratarse de un ingenio destructor aunque no se ha podido computar ese dato.
- —¡Daniel! ¿Dónde está ese aparato?—No lo tengo en mi pantalla, comandante —comentó el aludido.
- —¡Ahí..., ahí la tenemos! —exclamó, muy nervioso, Chas Diamond—. ¡Y es enorme! En efecto: ERA ENORME.
- Como veinte veces el volumen de la Diagonal-102 y estaba situada a estribor de ésta dentro de su elíptica como había

anunciado la magnocomputadora. Fallon Worleys dijo, ordenó mejor: —Hasta que no sepamos de quiénes se tratan es preciso que el pánico no cunda... Y no me refiero a la tripulación, a nosotros, sino a *ellos* —había pronunciado la palabra «ellos» con una especial entonación, con un énfasis intencionado.Como si temiera que todos aquellos despropósitos que estaban sucediendo en torno a la cosmonave tuvieran, forzosa y precisamente, que ver... con *ellos.*«Ellos» eran tres científicos que la cosmonave Diagonal-102 —moderna, manejable y práctica, de dimensiones más bien reducidas— perteneciente a la Air Transgalactic Infinit, con contrato de vuelo espacial al servicio del gobierno USA, trasladaba a la Tierra procedentes del planeta amigo Venus donde, previamente, habían dejado a otros tres investigadores terrestres en la operación primera de intercambio científico cultural realizado entre ambos planetas del sistema solar.Y eso era factible gracias a que Venus y la Tierra gozaban de una climatología muy parecida y también sus entes moradores tenían unas características u connotaciones físicas que les hacía muy similares. Quizá los venusianos eran de mayor envergadura y tamaño, pero a la par en el intelecto.Era lógico que la comandante Fallon Worleys pensara que todo aquel cúmulo de circunstancias estuviese relacionado con los pasajeros que ella transportaba a la Tierra.No era la primera vez que se producía un asalto en el espacio o cualquier otro acto de piratería.—¿Qué hacemos, comandante? —preguntó Diamond. Apuntando—: ¿Nos preparamos para repeler una posible agresión?Una sonrisa de amargura se dibujó en los sensuales labios de la mujer. Ella era una hembra dotada de una inteligencia brillante y lo demostró con la respuesta:—¿Para qué, Chas? ¡Sería absurdo!

- —¿Y si nos atacan? —insistió el especialista electrónico.—¿Quiere ser más sensato, Diamond? ¿Qué podemos hacer contra unos desconocidos que han inmovilizado nuestra cosmonave atrapándola en un incomprensible campo magnético sin que fuésemos capaces de detectarlos previamente? De habernos querido destruir ya lo habrían hecho, ¿no cree?—Sí...—¡Atención a la magnocomputadora de a bordo! —exclamó la bellísima comandante—. ¿Podemos comunicarnos con esa gente?—Negativo —respondió el armazón de células programadas, conexiones y demás.
- —¡Pues estamos frescos! —dejó ir la escandalosa rubia. —Más bien jodidos diría yo... —apuntó Daniel Granger.
- —Siempre piensas en lo mismo, ¿eh, Daniel? —inquirió

Paradise, haciendo algo para que sus tetas se evidenciaran todavía más.

- —¡Bah! Te juro que en este momento no...
- —¿Les parece a los dos que esta conversación es la más adecuada para esta circunstancia? —cortó, áspera, la comandante Wolyers.—¡Parece que seas de piedra. Fallon! —gritó la rubia—. A veces me pregunto si...—Siento y padezco lo mismo que tú, muñeca. Pero trato de ser coherente conmigo misma. Vuestro diálogo está fuera de lugar y...
- —¡Atención, atención, atención todos los tripulantes de la cosmonave Diagonal-102! —exclamó, de súbito, una voz desconocida.
- Y filtrándose por en medio el registro impersonal de la magnocomputadora de a bordo, se la oyó decir:—Nos están hablando desde la otra nave. Se ha acercado a nosotros hasta quedar detenida a poco más de dos espaciales y un cuarto.—Le escuchamos —respondió Fallon a través del servicio interior y exterior de radiotelecomunicaciones, para que su tripulación pudiera escuchar y también los miembros de la posible nave agresora. Preguntando después—: ¿Quiénes son ustedes?—Eso... poco importa ahora —fue la respuesta. Y ordenaron—: Habrán comprendido que son nuestros prisioneros y que si están vivos es, simple y exclusivamente, porque a nosotros nos da la gana. ¿Está claro eso, comandante Worleys?
- —¡Saben tu nombre! —se sorprendió Paradise. —Estamos de acuerdo, sí. Pero ya que ustedes dominan la situación..., ¿por qué les preocupa tanto identificarse? —Tranquila, señorita Worleys.
- —¡Es agradable que a una la llamen señorita! —volvió a meter la pata la espectacular rubia—. ¿Eh, Fallon?—¡Cállate de una vez, estúpida! —gritó Daniel Granger, evidentemente cabreado. Añadiendo—: Esto puede ser mucho más grave de lo que tú te imaginas.
- —Estoy tranquila, amigo... *o enemigo* —matizó la comandante de la Diagonal-102, sin atender las disquisiciones de su charlatana tripulación—. Pero lo estaré mucho más si ustedes se dan a conocer.—Eso será de inmediato porque yo y tres de mis hombres vamos a teletransportarnos a su nave. Dentro de veinte segundos estamos ahí.
- Veinte segundos.
- Del techo de la cosmonave comandada por Fallon Worleys pareció brotar repentinamente, un rayo anaranjado, en

zigzag, que se agrandó para permitir que dentro de él *nacieran* cuatro hombres cuyos pies quedaron asentados en el piso de la nave, al norte del puente de mando, frente a los ojos de los cuatro tripulantes que lo ocupaban en aquel momento.Eran seres humanos. O al menos, sus características físicas externas, así los definían.Fuertes todos ellos. Extraordinariamente robustos y musculosos. Vestían trajes espaciales de color rojo brillante.

- —¿Sorprendidos? —preguntó el que parecía llevar la voz cantante.—Indignados mejor —replicó la bella Fallon—. ¿A qué viene este juego estúpido?El tipo avanzó hacia la butaca donde estaba sentada la comandante Worleys. Se inclinó hacia ella. Y sus ojos que ahora no se le antojaron humanos a Fallon, muy grandes y excesivamente inyectados en sangre, chispearon ominosos al tiempo que el desconocido matizaba: —Esto no es un juego, señorita Worleys. Y mucho menos... *estúpido* como usted acaba de decir. Le suplico que mida sus expresiones en el bien entendido de que no volveré a... SUPLICAR. ¿Está claro?
- —Trato de que lo esté, pero no comprendo lo que pretenden ustedes ni me ha dicho todavía quiénes son. ¿Puede hacerlo..., por favor?
- Los tres individuos que acompañaban al que mantenía el diálogo con la comandante de la Diagonal-102, estaban en el mismo punto en que habían aparecido, justo en el lugar donde se materializaran, encañonando a la tripulación con los extraños artilugios que empuñaban con las diestras y que tenían cierta analogía con las pistolas de rayos infrarrojos usadas por los terrícolas.Aunque los asaltantes, al menos en apariencia, también eran terrestres... o lo parecían al menos. —Ya que tan interesada está, le diré, comandante Worleys, que somos «fotopensantes».—¡Cristo del infinito —no pudo contener la exclamación el especialista electrotécnico Chas Diamond—, «fotopensantes»! ¡Ha dicho «fotopensantes»! ¡Pero si...! —enmudeció, de pronto, al darse cuenta de lo que podía ser una imprudencia.Fue precisamente la comandante Worleys quien completó la frase dejada a medias por su compañero.Clavando sus enormes pupilas verdes en aquellas inyectadas en sangre del «fotopensante», le dijo:—No lo creo, amigo. Los «fotopensantes» están todos desterrados en el planeta Zayas. Cumplen allí una condena de trabajos forzados por rebelión.—Está usted muy atrasada de noticias, comandante —sonrió, cruel y despectivo el otro. Puntualizando—: Hace seis, meses que sonó la hora de

nuestra emancipación, ¿sabe? Asesinamos a toda la corte de esbirros que nos obligaban a trabajar como bestias... Nuestro ilustre jefe, yo, y los tres mil «fotopensadores» que restaban, decidimos que era momento de cambiar. Tenemos mucho que exigirles a nuestros creadores, a ustedes, a los terrestres. Disponemos de una extensa lista de reivindicaciones, ¿comprendes, comandante Worleys? —la había tuteado por primera vez.—No, no comprendo. ¿Cómo te llamas, «fotopensante»?—Mí nombre actual es Jerry Miller y soy el comandante de la astronave Iokonaza Fire, desde donde hemos establecido el campo magnético donde estáis atrapados.—¿Y bien...?—Vamos, en principio, a cometer una pequeña massacre... ¿entiendes?Paradise Shepard sí lo entendió al punto. Y se puso en pie, gritando:—¡Nos van a asesinar! ¡Malditos canallas!Y quiso abalanzarse contra el que decía llamarse Jerry Miller.—¡Quieta, por Dios, quieta! —trató de detenerla Daniel Granger. Tarde.Uno de los silenciosos tipos que acompañaban al «fotopensante» Miller accionó lo que debía ser el gatillo de su extraña arma. Paradise, primero, quedó envuelta en un aura azulada, y luego...Luego...¡Fue totalmente desintegrada!

- Granger sintió algo muy extraño dentro de él. Lo mismo que si una garra poderosa e invisible apretara brutalmente su corazón hasta hacerle muchísimo daño.
- —¡Asqueroso hijo de perra! —aulló, al tiempo que se lanzaba en plancha sobre el asesino de la espectacular y excitante rubia, cuyo cuerpo había gozado en tantas y tantas ocasiones.Cuerpo que ya no gozaría más.Fallon, que había captado por el rabillo del ojo la intención del ingeniero de vuelo, exclamó, patética:—¡NO, DANIEL...! ¡NO! ¡TE MATARAN!En efecto.
- Granger se quedó a mitad de camino. Se lo tragó en principio una cenefa azulgaseosa y después desapareció. Para siempre.Como si nunca hubiera estado allí.Así de simple. Así de criminalmente sencillo.
- —¡Cerdo...! —le escupió en el rostro, Fallon a Jerry.La reacción de Miller fue fulminante. Su diestra trazo un velocísimo arco yendo a estrellarse, demoledora, en el rostro de la bellísima comandante de la Diagonal-102, arrancándola de la butaca para tirarla en tierra.
- Fallon sin preocuparse del dolor, hizo amago de abrir la funda que pendía de su cinto color oro conteniendo una pistola láser.
- —No seas absurda, terrícola. Roza ese arma y te

desintegro.La cogió por el borde del cuello sobrepuesto de su traje espacial, alzándola. Y le dijo: —Mira esto, pequeña estúpida.Miró, sí.

- Los ojos rojizos, ojos diabólicos de Jerry Miller, parecían empequeñecer por instantes de forma tan sorprendente como inverosímil. Se achicaban sus pupilas, se crispaban hacinándose su caudal escarlata sobre la figura del especialista electrotécnico Chas Diamond.Como si pretendieran succionarlo.Engullirlo.Fallon tuvo una premonición que la llevó a gritar, desesperada:¡NO...! ¡POR FAVOR! ¡NOOOO!Las pupilas de Jerry Miller que parecían haberse crispado al máximo escupieron algo parecido a un rayo débil, a un rayo de luz en penumbra, y...Chas Diamond, que se había enervado con el grito desgarrador de la comandante, trató de ponerse en pie.Pero no pudo.Y no pudo por la sencilla razón de que cuando sus centros nerviosos se disponían a accionar los músculos de acuerdo con la orden recibida de la *psiquis,* estaba ya..., ESTABA CARBONIZADO.Chas Diamond, ahora, sólo era un montón de cenizas esparcidas por el piso de la cosmonave.El «fotopensante» había dado otra buena —o mala— prueba de su enorme poder destructor.Jerry Miller, sonriendo, con una escalofriante sonrisa en los labios, miró a la hermosa Fallon, carmesí ahora su rostro por el pánico y nerviosismo acusado que la hacía zozobrar, diciéndole:—Yo, pequeña, soy uno de los «fotopensantes» experimentales. Uno de los pocos a los que nuestro padre genético, el ingeniero James McEnroe, en maquiavélico alarde futurista, dotó de pupilas extintoras a base de expulsiones atomizadoras de génesis infrarroja, cuando él creía, cuando imaginaba, que podría siempre, SIEMPRE, controlar a los «fotopensantes» que había creado. Pero no fue así como ya se demostró en nuestra primera insurrección. La que nos valió nuestro destierro a Zayas. McEnroe nunca se atrevió a comunicar a sus superiores de la MAXIM GENETIC INCORPORATED el experimento ensayado con un número reducido de «fotopensantes». Pero el hecho está ahí. Es flagrante. Tú lo acabas de comprobar.Fallon quiso sobreponerse. Intentó razonar con aquel ente, hecho a imagen y semejanza del hombre, que las alegrías investigadoras de un ingeniero temerario y precoz habían convertido, ella había tenido la prueba fehaciente en un gravísimo peligro para la propia civilización que lo había creado. Preguntó, suave. Persuasiva:
- —¿Por qué no me dices exactamente lo que pretendéis,

Miller?

- —¿No lo adivinas, mujer?—No —negó, moviendo la cabeza de cabellos azabache—. De lo contrario, ¿para qué iba a preguntar?—Te haré entrega de un sobre lacrado que contiene el texto de nuestras reivindicaciones...—hizo una breve e intencionada pausa, agregando con énfasis letal—, *de nuestras exigencias.* Tú harás llegar ese sobre al gobierno USA, de quien dependerá que todo siga como hasta ahora... *o no.* Has tenido suerte, Fallon.Ella, rió con amargura.
- —¿Suerte...? ¡Por favor!
- —Yo en tu caso, no me burlaría. Porque eres la única persona de a bordo que regresará viva a la Tierra.—¡Qué...! ¿Cómo has dicho? ¿No pensarás en...? ¿*Ellos* no tienen que ver en todo esto! Son científicos del planeta Venus.—Lo sé, lo sé, pequeña —una sonrisa criminal se deslizó por la boca de aquel «fotopensante» que podía matar con los ojos. Añadió—: Precisamente por eso, porque son de otro planeta y científicos... *los voy a desintegrar.* Así los gobiernos de la Tierra tendrán un... ¿como te diría yo? Tendrán un pequeño problemilla que solucionar con sus homólogos de Venus. ¡Ah!, y ése no será el único problema que los terrícolas van a tener con otras civilizaciones, caso de desestimar nuestro pliego de exigencias. Nosotros, externamente, somos terrestres, pequeña. Cualquier desmán, tropelía o canallada que realicemos, será inmediatamente cargado en el debe de los humanos. Puede suceder incluso que la cosa sea tan grave que cualquier otro planeta dañado por v*osotros*... decida el exterminio de los terrícolas. Tú, comandante Fallon Worleys, explícales a los tuyos, con exactitud, lo que has presenciado. Para que se hagan una idea de lo que puede llegar a suceder... de la magnitud de las fuerzas de los «fotopensantes». Y ahora, pequeña, vamos por esos científicos. —¡No! —gritó.
- Y en infantil alarde trató de interponerse en el camino del ente cuando éste abandonaba el puente de mando para pasar al sector de la nave ocupado por los camarotes.
- —¡No! —repitió.Jerry Miller, el letal «fotopensante» de ojos destructores, la cogió por la parte superior del hombro, junto a la clavícula, presionando un nervio que en cuestión de segundos sumió en total inconsciencia a la comandante de la cosmonave Diagonal-102, Fallon Worleys.
- Y murmuró el ser:
- —Has tenido suerte, Fallon. Mucha suerte. Esta vez, claro.

CAPITULO II

De veras que no lo había.No.En el año 2146 no había sobre la superficie de la Tierra otro humano como Taik Edward.Era la mezcla sentimental y amorosa, el producto claro, de los devaneos sexuales entre una egipcia y un americano.Taik Edward.El terrestre extra, sí.Por algo debían calificarlo de esa manera, ¿no?Mercenario de la ciencia y del amor, de la guerra, de la estrategia, de la propia vida, desafío continuo de la muerte, especial, único, amante del peligro y de las mujeres. Fácil para amar y hábil para matar. Capaz de abandonar los brazos de la más hermosa hembra para cambiar sus caricias por el abrazo de la muerte.

Singular aquel tipo, sí.

Escéptico. Burlón. Cínico. Arrollador. Increíble. Peligroso en la lucha. Habilidoso en grado superlativo con las féminas. Algunas, incluso, habían caído en éxtasis con sólo sentir sobre su cuerpo la mirada cálida de los intensos ojos azulados de Taik Edward.Era, demasiado.Un auténtico animal apasionado, amorosamente hambriento, pero con el cerebro frío y calculados de una maquina perfecta, neutra, anónima y terriblemente efectiva.Taik Edward, sí. El terrestre extra, también.T.E. para los amigos.Mezcla de fuego y de hielo.El más extraño compendio de amor y muerte, de calma y violencia, que jamás se hubiera conocido.Inteligentísimo además, con estudios superiores de álgebra sideral, de cosmonáutica, licenciado en técnicas espaciales, estudioso en cibernética superior y logística, graduado en electrónica y ciencias ultranucleares, siguiendo un largo etcétera a su caudal de conocimientos.Por todo eso y por sus excepcionales condiciones físicas que en tres ocasiones le llevaron a ceñir la corona mundial de campeón en artes marciales y control físico, le eligió en su día Cornel Nelson —director USA de la sección iberonorteamericana del Space Intelligence Control— para que formase parte del grupo seleccionado de elegidos de Norte-Centro-Sudamérica, que seguían definiéndose con el paso de los siglos, quizá por comodidad lingüística, con las siglas USA.Taik Edward, al servicio del Space Intelligence Control realizó brillantes y arriesgadísimas misiones de las que siempre salió triunfante, vencedor, las cuales le valieron con el tiempo aquel apelativo del terrestre extra que venía a distinguirle por encima del resto de sus compañeros, del grupo de hombres excepcionales, de ultragentes, de seres privilegiados que formaban el SIC, organización universal que cuidaba de que no se produjeran agresiones exteriores

allende órbita de la Tierra por parte de otras civilizaciones desconocidas y enemigas, así como de que las teóricamente amigas no realizaran actos de espionaje espacial.En el cumplimiento de una de aquellas excitantes y audaces misiones, cuando a bordo de su lanzadera autónoma se encontraba ligeramente a la deriva, T.E. se tropezó, sorpresivamente, con una viajera del espacio que con la sola protección de su traje cósmico vagaba por los espacios infinitos al borde de la consunción, sin los gases que necesitaba para su alimento pulmonar y por consiguiente para vivir.

- La recogió. Y cuando la hubo devuelto a la realidad, percatándose de lo muy hermosa que era, con el beneplácito y aquiescencia de ella, la amó hasta la saciedad. «Soy Adstrack. ¿Y tú?» «Taik Edward. Pero me llaman T.E. ¿Qué hacías vagando por ahí fuera?»«Una fuerza destructora pulverizó el fuselaje de mi nave. Debió ser uno de los poderosos enemigos de mi padre.» «¿Quién es tu padre?»
- «El semidiós Askroax, de la civilización Laot.»
- «Después de hacer el amor me revienta escuchar tonterías, nena. Tú estás demasiado..., demasiado hermosa, excesivamente lozana, para ser una cosa tan rara como dices e hija de otra de más rara todavía.»«Es la verdad, T.E. Vosotros, juráis cuando queréis que os crean, ¿no? ¡Pues lo juro! Pertenezco a una civilización que tiene más de treinta billones de años y que se encuentra en otro cosmos. Es muy complicado, T.E. ¿Por qué no lo dejamos así?»«Y físicamente... ¿es ésa tu apariencia o te has mutado?»«Soy como me ves, pero puedo integrarme en otra dimensión. Desaparecer que diríais vosotros.»«¿Desaparecer?»«Sí...»
- «Y cómo no te has salvado esfumándote, ¿eh?» «Porque estaba demasiado lejos de la primera dimensión de mi tiempo en la que podía integrarme.»«¡Complicadísimo!» «Olvídalo y ámame otra vez.»
- Tiempo después una figura extraña se materializó dentro de la lanzadera. Era una cabeza de largos cabellos blancos, sedosos, relucientes, que daban marco al óvalo largo y pronunciado que contenía unas facciones apacibles, serenas, llenas de bondad, de *algo* que parecía tener muchos miles de años y mantenerse eternamente joven.«Me llamo Askroax y soy el semidiós de Laot. Vengo a buscar a mi hija Adstrack y te doy las gracias por haberla salvado, terrícola.»
- Y Taik, que siempre reaccionaba con cierta ironía, le dijo:«No se merecen, Askro... ¡como te llames!»«Askroax. Y te

ruego que aprendas a pronunciar bien mi nombre porque el día que te encuentres en apuros o la situación que te rodee amenace gravedad, te bastará con decir: *Que tu fuerza y la de las galaxias sea conmigo, Askroax.* Y saldrás triunfante y con bien del envite.»«Ahora soy yo quien debe darte las gracias, ¿no? Me ofreces mucho a cambio de lo poco que yo he hecho, semidiós o lo que seas.»«Semidiós, sí. Aunque a ti te suene extraño. Y es muchísimo lo que por mi has hecho, terrícola. Muchísimo porque has salvado al más precioso de mis tesoros: mi hija Adstrack. Nos vamos, terrícola. Suerte y recuerda lo que te he dicho.»

- «Sí...»
- En aquel preciso instante el extraño ser del que sólo había visto la cabeza, se volatizó, sucediéndole lo mismo a la hermosísima Adstrack.Taik se encogió de hombros. Sólo dijo:«¡Lástima que tengas ese nombre tan raro, preciosa!»Y nunca, jamás, le refirió a nadie aquel pasaje que aún le seguía pareciendo irreal y que acaeciera de una de las misiones que le fuera encomendada por su jefe inmediato en el SIC, Cornel Nelson.Bueno, irreal... Taik sabía que no era irreal porque la fuerza prometida por Askroak había estado con él en varias ocasiones. En todas las que se viera forzado a invocarla.Era su secreto. El secreto de aquel ser extraordinario que se llamaba Taik Edward, que la mayoría abreviaba a T.E. y al que todos calificaban de terrestre extra.Mucho.Demasiado.Como demasiada era su varonil belleza, su apostura masculina, que enloquecía a las hembras de todas las latitudes y de los distintos planetas que tenían ocasión de contemplarle. Porque sus enormes poderes y magistral inteligencia estaban metidos en un bello estuche de dos metros de altitud, de anchos y fornidos hombros, de tórax vigoroso, potente, que lucía musculatura de consumado gimnasta. La agilidad estaba presente y lo elástico de sus articulaciones era evidente. Como evidente aparecía aquella fragancia de lejano dios mitológico por lo rubio, áureo, de sus rizados y profusos bucles que le enmarcaban la frente y el óvalo, recogiendo la azul transparencia de sus pupilas aparentemente soñadoras, ardientes, y frías también, gélidas incluso, en ocasiones. Sus destellos escupían reflejos del irónico escepticismo, de la burla cruel y al mismo tiempo infantil, ingeniosa e ingenua, que era la constante de su arrolladora personalidad. La más acusada de sus facetas. La nariz enlazaba aquellas personales, singulares pupilas excepcionales como todo en él, con el vestíbulo de una boca

grande, carnosa, de labios rojos y agrietados por los que todas suspiraban ser besadas.La barbilla que remataba aquel rostro del Olimpo lucia un hoyuelo atrevido, gracioso y descarado.T.E., sí.Que acababa de regresar de la Luna, antes de lo previsto, para evitar las iras de un marido celoso. Taik Edward, sí. El terrestre extra.

- De veras que otro como él no lo había. Ni lo había habido. Ni lo habría jamás. No.
- Un T.E. que tras causar baja un par de años atrás en el Space Intelligence Control porque ya estaba cansado de aquello o porque amaba demasiado la libertad y sentíase harto de recibir órdenes y de obrar de acuerdo con las órdenes recibidas... Un T.E. que había instalado en el cuarto nivel del edificio señalado con el 3017 en la avenida de la Unión Universal de New York, su oficina de *space private eye.*Detective privado espacial.Con un lujoso rótulo electrónico que lo anunciaba y hacia visible desde casi los mil quinientos metros.Y atendida aquella oficina por una explosiva, esplendorosa, fenomenal secretaria que se llamaba Nicola OwenNicola y todo lo mucho y ardiente que llevaba encima debajo, dentro y hacia fuera, estaba loca perdida por Taik.Suspirando siempre porque llegase Taik.Que se pasaba mucho, demasiado tiempo fuera.Hasta que un buen día, como aquél, se abría la puerta electrónica, partiéndose en dos y aparecía él.Taik Edward.
- CAPITULO III
- Taik Edward, sí. —¡T.E.!
- Más que una exclamación, lo que brotó de la garganta de Nicola, fue un rugido. —¡T.E.!Y brincaba ya de lo alto de su silla suspensoria corriendo a refugiarse, y a refugiar sus pechos palpitantes, escandalosos, que por no llevar nada que los sujetase parecía iban a volar por lo alto del escote pronunciado y provocador..., corriendo a refugiarse decíamos, a empotrarse mejor dicho, contra el torso varonil de Taik.El, la encerró entre sus poderosos brazos.Después fue en busca de la boca entreabierta, sangrante, de labios lujuriosos que ella le brindaba sin condiciones.—¡Bésame, por favor! ¡Bésame!Lo hizo.A modo.—¡Me vuelves loca! —jadeó la exultante pelirroja tras el ósculo de enfebrecida pasión que le acababa de ser administrado. Y exhalando un prolongado suspiro, insistió—: ¡Loca...!
- —Y tú me halagas, preciosa. No valgo tanto. —¡Sabes que si! Y mucho más todavía. Eres el mejor. El más listo. El más fuerte. El que nunca se agota en la cama.El que me

proporciona más placer... ¡eres el más de los mases! ¿Me besas otra vez, amorcito?

- La estrujó literalmente siendo ello motivo de complacencia para la mujer que no se sentía tan feliz como desde la última vez que hundiera sus pechos de fuego en el torso granítico de Taik.
- —¡Aaaah! Otro, T.E., otro, por favor.Otro.
- Y tras dejarla sin respiración fue a ocupar la butaca que había dentro de la mesa hiperbólica, superfuturista, de extraño dibujo en forma de «8», que le permitía estar siempre en el centro si sus visitantes eran más de uno.Nicola, agitada y excitada, bastante calentilla para ser exactos, fue tras el dios mitológico de los rubios bucles.—¡Haría lo que me pidieses con tal de tenerte para siempre, Taik! ¿Cómo es que has tardado tanto en regresar? Solo estabas en la Luna.
- —¿Tardar, dices? —arqueó sus rubicundas cejas—. ¡Si ha habido un tipo que me ha echado a patadas de nuestro satélite.
- —No me lo creo. ¿Por qué?
- Le ofreció una sonrisa a Nicola con atisbos de lujuria. Y repuso:—Porque me acosté con su amiga. ¿Tampoco me crees ahora?—¡Oh...! —decepción y desencanto en la voz de ella y al mismo tiempo resignación. Dijo—: Gozas estimulando mis celos, ¿verdad?
- —Mentira —la corrigió, burlón—. ¡Y no seas bobalicona. El amor y el placer no son exclusiva de nadie. De uno o una solos. Es de todos..., de todos a la vez. ¿Novedades?
- Nicola se puso profesional y fue a sentarse a su mesa.—Ayer te llamó tu ex jefe.—¿Nelson?
- —Sí.
- —¿Te dijo lo que quería?
- —No... Pero se me antojó que su voz sonaba preocupada. Le dije que estabas en la Luna y nada más. —¿Insinuó que volvería a llamar?—Insinuó que lo llamases en cuanto pusieras los pies por aquí.
- Hizo Taik una mueca significativa.—¡Va dado, si espera que yo me comunique con él!—A lo mejor es para algo que te interesa, ¿no?
- —Lo dudo. Para Cornel Nelson no existen más intereses que los suyos, que son los del SIC. ¡Que lo zurzan!
- Brilló en aquel momento la luz del videófono.
- Nicola dio paso al canal de entrada y en la pantalla se dibujó el rostro de un tipo vulgar de mediana edad.
- —¿Qué desea? Y diga quién es.

- —Me llamo Austin Joston, soy ingeniero y deseo hablar con el detective Edward.
- —¿De qué se trata? —preguntó Nicola. —Asunto privado.
- —Bien. Veré si puede recibirle —consultó con la mirada al apuesto rubiales al que vio asentir. Y le dijo al visitante—: Por el pasillo central del vestíbulo donde se encuentra, coja la bifurcación de la izquierda y vendrá hasta la puerta Z. Está abierta. Pase directamente.—Ya va bien que aparezca trabajo porque en el aspecto económico no andamos muy boyantes, prenda.
- —Podrías tener todo el dinero que tú quisieras sin...
- —Punto en boca, preciosa. Eso, sabes bien que no va conmigo.Nicola se encogió de hombros, ahuecando sus exuberantes senos que otra vez amenazaron con desbordar el panorámico escote.
- —Era una hipótesis.—Olvídala.
- —¿Se puede? —preguntó, desde la puerta, el que antes dijera llamarse Austin Joston. —Adelante —le invitó Taik.El hombre avanzó, echando significativas ojeadas al escote de Nicola y a lo que aquel medio pregonaba. —¿Es usted Taik Edward?—Para ayudarle en la medida de lo posible, señor Joston. Siéntese, por favor.
- Lo hizo. Mirando de nuevo a la espectacular Nicola. —¿Podemos hablar a solas, señor Edward?
- —Podemos —asintió el *space prívate eye.* Y dirigiéndose a su pelirroja y sensual secretaria, le dijo—: Vete al archivo. Tenías que hacer allí, ¿no es cierto?—Todo es cierto y nada es cierto —dijo de mala gana, al tiempo que se ausentaba de la oficina.—Ya estamos solos, señor Joston. ¿De qué se trata? Austin Joston, como ya quedara evidente instantes ha por la pantalla de videoscope, era un tipo vulgar. En su aspecto y maneras. Uno más entre muchos millones. Encogido. Poca cosa. De temperamento pusilánime.Por eso le costó responder:—De mi esposa.Taik pensó que era lógico, y hasta tremendamente humano, que la mujer de aquel tío lo cornificara.—Entiendo. ¿Y qué quiere que haga yo?Joston pareció que se encogía, aún más, en el fondo de la silla.—Se ha largado con un muchacho joven.—¿Qué edad tiene ella?—Es más joven que yo, desde luego...—¿Como cuánto?—Veinte años.—¡Coño! Veinte, amigo, son muchos años. ¿No le parece?—Estoy perdidamente enamorado de Prudence, señor Edward. Y ella dijo quererme mucho cuando le hablé de unirnos.—Perdone que sea cruel, señor Joston. ¿Dijo quererle a usted... o a su posición económica? A su dinero.

- —Bueno... Esto... Entiendo que he venido aquí para solucionar mi problema y no para...
- —Lo que aquí se hable, estimado señor, es privado. PRIVA-DO. ¿Entiende? Queda entre usted y yo. Pero necesito saber la verdad para hacerme cargo de su caso. De no ser así, le sugiero que visite a otro colega.
- —¡No, no, espere! —exclamó, nervioso. Añadiendo—: No es que dude de su profesionalidad y reserva, ¿sabe? Es que... Sí, tiene usted razón, señor Edward. Prudence se casó conmigo por mi dinero. Hace años heredé una pequeña fortuna con la cual puse en funcionamiento una modesta fábrica de robots domésticos que hasta hoy me ha rentado buenos dividendos. Yo soy ingeniero electrónico... Prudence era mi secretaria en la empresa donde yo trabajaba antes de independizarme. Me volví loco por ella...—Entiendo. ¿Y sabe dónde ha ido Prudence? Tiene alguna sospecha.
- —Certezas son lo que tengo. Se ha fugado con un biólogo llamado Wolfang Fisher, de nacionalidad alemana, que vino hace dos años a doctorarse en una universidad de nuestro país. A Prudence le dio por estudiar y ése fue el motivo de que conociera a Wolfang. Ultimamente tenía el atrevimiento de traerlo a casa... para estudiar juntos determinados ejercicios. Como comprenderá... ¡era bochornoso! Pero lo consentía con tal de conservarla, porque desde hace tiempo estaba intuyendo que a la más mínima, Prudence, acabaría largándose con ese jovenzuelo.
- —Que es de su edad, por más señas.—Me ha dicho que sabiendo la verdad podía hacerse cargo... —estaba torpe y nervioso el señor Joston. Exclamó—: ¡Sí, sí, de su edad más o menos! El pensamiento me corre más que... ¡Oh, perdón! ¿Me ayudará?—Lo intentaré. ¿Se han largado a Alemania quizá? —A la Luna, señor Edward.Taik pegó un sonoro respingo.
- —Repita eso, por favor. —A la Luna.
- —¿Y puede saberse qué demonios han ido a hacer a nuestro satélite?—Salieron en el buspace de ayer por la mañana. Wolfang, luego de doctorarse en la Universidad de Berkeley y la de Nueva York, me insinuó la posibilidad de trabajar para un centro de investigaciones estatal que podría destinarlo a la Luna. ¿No ha oído usted hablar del Cosmocenter Biologic University?
- —Pues no.
- —Es una especie de laboratorio biológico espacial situado en la Luna, al que tienen acceso biólogos de distintos planetas, planetas interrelacionados a todos los niveles,

amigos por decirlo de alguna manera, que estudian el proceso de ciertas enfermedades y virus que les son comunes. Una fundación interplanetaria. ¿Comprende?—Creo que sí. Y usted quiere que vaya allí y le traiga a su Prudence del alma, ¿no?

- —¡Claro! Eso es lo que deseo. Y para lo que he venido.
- Pero Prudence me dirá que naranjas. Que me acueste yo con usted, si quiero. Y perdone la grosería, pero pienso que es exactamente lo que me puede largar una chica abierta, liberada y decidida como su Prudence.
- —Tráigala como sea, Edward.—¿Sugiere que la rapte?
- —Sugiero que haga lo que tenga que hacer, lo que sea preciso, pero que la traiga. Usted... —dio una significativa entonación a sus palabras, a la pregunta que formuló seguidamente—: ¿No es de la clase de tipos que seducen con facilidad a las mujeres?—Eso dicen —admitió sin rubor. Puntualizando—: Pero no acostumbro a tirarme a las esposas de mis clientes para convencerlas de lo que sus maridos quieren que las convenza.
- No sería profesional. Ni ético. Ni honrado. Ni nada. Entiéndalo.
- —Ciento cincuenta mil universales más gastos —dijo, decidido por primera vez, seguro de sí, aquel hombre acomplejado y menudo.—¿Ha dicho... ciento cincuenta mil universales?[1] —Eso. Y gastos aparte.—¿Trae una foto de su Prudence?Metió la mano en el interior de su gabán de entretiempo y extrajo una diapositiva, preguntando:—¿Le vale esto?Taik descorrió una parte de la superficie de la mesa que ahora se convertía en pequeño *tablier* de mandos y encajó la diapositiva en las guías metálicas que la engulleron para ampliar su contenido en la pantalla central de videoscope.Allí apareció el rostro agradable, pícaro, de una trigueña de mucho empaque.—Guapa chica la tal Prudence —comentó Taik, despreocupado. Como si el que estuviera con él fuese un amigo de ella y no su marido. Preguntándole, casi ofensivo—: ¿Cree de veras que vale ciento cincuenta mil, Austin?No se dio por aludido, limitándose a devolver el interrogante:—Ha dicho que es una guapa chica, ¿no?—Ninguna guapa chica vale tanto dinero.—Depende del valor que se le dé al dinero y del que se le dé a la guapa chica. Usted y yo, señor Edward, tenemos conceptos distintos a la hora de establecer un cuadro de valores.—Me temo que sí, Joston. Y me temo que yo, sin querer ofenderle, soy mucho más realista. Práctico..., por decirlo de alguna manera.

¿Persiste en su oferta?—Sí…

—Pues aunque malditas las ganas que tengo de volver allá arriba, saldré esta misma tarde para la Luna. Espero estar de regreso con su Prudence a cuestas dentro… —se mordió el labio inferior y tras una fugaz pausa, añadió con decidida seguridad—: ¡Dentro de setenta y dos horas!

Volvió el pequeñajo Joston a meter la diestra en el interior del gabán para extraer ahora un fajo de billetes. Anunció:—Setenta y cinco mil, Edward. Justo la mitad por adelantado. ¿Le parece bien o necesita más?—Suficiente, Joston. Ya le pasaré la minuta con los gastos, a mi regreso, deduciendo por supuesto el anticipo. ¿Donde podré contactar con usted?Le dio una tarjeta.—Ahí tiene mis dos domicilios y respectivos teléfonos. EL privado y el profesional. ¿Confío en que serán setenta y dos horas?—Salvo imponderables, amigo. Le llamaré cuando vuelva. ¡Adiós!Era una manera como otra de echarle de allí y no precisamente la más ortodoxa.Pero Austin Joston se dio al punto por aludido largándose de la oficina del *space prívate eye.* Diciendo, eso sí:—Espero que no defraude la confianza que he depositado en usted, detective Edward.T.E. no dijo nada.Nicola, sí dijo, tan pronto entrar:—¿Te largas otra vez a la Luna?

—¿Cómo lo sabes, pelirroja de culo escandaloso? —¡No te hagas el gracioso!, ¿quieres? He estado escuchando…

—Para variar. ¿Hacemos el amor antes de que me vaya? Se olvidó de sus preocupaciones la exuberante secretaria. —¡Digo…!

Lo hicieron. A conciencia. Dedicándole todo el tiempo que aquello necesitaba para quedar a gusto y bien.Luego, mientras fumaban unas yerbas, preguntó Nicola:—¿Y Nelson? Volverá a llamar si tú no te pones en contacto con él.—Dile que estoy explorando Júpiter. ¿Eh?—Tengo la impresión de que estás cometiendo un error, T.E.

—Desde cuándo me equivoco yo, ¿prenda? —En según qué cosas, nunca. ¿Volvemos? —Volvamos. Volvieron.

CAPITULO IV

Había despegado del Kosmo Queens Dromo.Del mismo lugar exactamente (adecuado a las actuales circunstancias y exigencias) que siglos la ocupara el famosísimo John Fitzgerald Kennedy International Airport.T.E. tanto por su condición de astronauta en voluntaria excedencia (con la garantía que significaba haber pertenecido al grupo de ultragentes escogidos del Space Intelligence Control) como

por su actual profesión de *space prívate eye,* tenía licencia de vuelo interplanetario que debía legalizar cada año, la cual le permitía volar lejos de la Tierra en cualquier momento que lo deseara.Y por eso y a tal efecto, Taik tenía siempre a punto su astronave privada —bajo el cuidado de expertos técnicos en la materia— en una de las rampas de lanzamiento del Kosmo Queens Dromo.De donde había partido cinco minutos antes con rumbo a la Luna.Tripulando su flamante Helios 7.Se trataba de un cohete turborreactor, monoplaza pero con adaptabilidad para otra persona a bordo en caso de emergencia, de dimensiones reducidas y equiparables a lo que en otra época fueran los aviones de caza de guerra, movido por una turbina que transformaba a través de unas toberas la energía solar acumulada —energía que el Helios 7 absorbía directamente de los rayos del astro rey debidamente situado en posición de autorecarga— en sus tanques laterales, activándola al máximo y consiguiendo un fluido cuya expulsión por otras toberas y exclusas situadas en la parte abdominal del fuselaje de la pequeña astronave, le permitían alcanzar velocidades de crucero iguales y superiores en ocasiones a los setenta mil kilómetros hora.El cohete turborreactor iba equipado con un modernísimo sistema de defensa que consistía en cuatro tubos —dos a babor y dos a estribor—, instalados en la parte lateral interna del fuselaje y en la zona denominada filtro de energía, que podía disparar doce torpedos por minuto provistos de cabeza televibradora y carga desintegradora que obraba a una temperatura de cinco mil grados centígrados, pulverizando cualquier objeto sobre el que fuesen dirigidos.La nave disponía asimismo de un sistema de vuelo magnetocomputado que le permitía autocontrolarse una vez programada la ruta, por lo cual, la intervención del astronauta sólo era imprescindible para la puesta en órbita del cohete turbo reactor y para el aterrizaje del mismo. Los demás movimientos —si estaban programados lógicamente— podía efectuarlos por sí solo el Helios 7.El campo gravitatorio terrestre había quedado atrás. Taik manipuló los resortes oportunos del cuadro electrónico para abandonar la conducción de la nave a través del espacio en las manos invisibles del sistema magnetocomputado.Echó, después, la cabeza atrás. Recostándose en el soporte anexo de la butaca de vuelo que permitía una mayor comodidad a nuca y cabeza.Una sonrisa ocupó sus labios sensuales y burlones por dentro de la escafandra soldada al aerotraje de aluminio

ionizado al recordar que volvía a la Luna pocas horas después de haberla abandonado cómicamente.Recordó con más amplia sonrisa todavía el match sostenido con el «descomunal» en el Meteoro Pub's. «¡Pobre ser!», pensó.

- Muchas hembras se unían a tipos como el «descomunal» porque sabían de su enorme capacidad sexual y de su apetencia continua hacia el acto. Pero como después, una vez saciadas, aquellos entes les repugnaban, valiéndose del escaso intelecto de ellos, se daban el filete con todos aquellos que les gustaban.
- Claro que, algunas veces, como le había sucedido a su «descomunal» enemigo, se mosqueaban. Y entonces se iban muy decididos a partirle el alma al que había tenido el atrevimiento de regar el huerto que ellos consideraban de su legítima propiedad.Taik se dijo que todo era igual que en siglos anteriores, de acuerdo con lo testimoniado por novelistas, escritores o historiadores.Ambición, dinero y sexo. O sexo, ambición y dinero. Que tanto daba, desde luego.
- Y si no, ahí estaba para muestra el desespero de Austin Joston que...
- Analizó detenidamente el asunto.
- Y de pronto, comenzó a intuir algo raro.
- Extraño.
- Algo que se le escapaba, pero que advertía de todo lo de ilógico que había en aquel *affaire.*Pero por muchas vueltas que le dio no supo determinar con exactitud aquel porqué.Aquel algo extraño.Irrumpía con fuerza en su pensamiento aquella poca cosa que era Austin Joston.
- Poca cosa..., pero extraño él también. Como si no fuera natural. Como si fuese uno de aquellos gnomos dañinos, maléficos, de los que se hallaba en las antiquísimas leyendas que leyera durante su infancia.
- ¿Maléfico...? Seguía preguntándose el porqué. El porqué de todo. El porqué de demasiadas cosas.Ciento cincuenta mil universales... Dinero. El no le hacía ascos al dinero. Como Austin no podía hacerle ascos, ni olvidar, la intensa pasión que en él despertaba, en sus sentimientos, en su motivación sexual, Prudence Larkin.Dinero, pues, por un lado.Y sexo por otro.Dos de las motivaciones históricas de siempre que habían activado y hasta monopolizado la existencia del hombre. Del hombre de ayer, de hoy y del que vendría después. Faltaba, entonces, la ambición.¿Ambición? ¿A qué venía pensar en ella? ¿Por qué? ¡Vaya, amigo, otro porqué al que dar respuesta!Quizá si la encajaba debidamente, si

encontraba un hueco para la ambición en todo aquello, encontraría la respuesta a tanto porqué carente de contestación.«¡Pero bueno...! —exclamó para sus adentros—. ¿A qué viene todo este deforme galimatías? ¿Qué razones tengo para desorbitar algo tan sencillo? ¡Me parece que me regodeo complicándome la existencia! —razonó, procurando clarificar las ideas. Sus ideas, claro. Añadiendo—: Mi aparato pensante se divierte sacándole *punta* a todo, se entretiene y se ofusca tratando de encontrar la anormalidad en lo normal. ¡Si seré idiota! Estoy la mar de tranquilito y me voy a ganar un pequeño capital yendo simplemente a la Luna para bajarme a una desconsiderada libertina, una golfa para ser exactos... ¡y me lío a rumiar en cosas extrañas, ilógicas y en por qué esto o por qué aquello! ¡Joder, que me gusta rizar el rizo!»Pero con esa filosofía no obtuvo la tranquilidad de espíritu que T.E. pretendía.No...No dejaba (por mucho que él se empeñara en decir que todo eran manías suyas o de justificarse con su propia morbosidad inquisitorial e interrogante) de ser, en verdad, una proposición extraña. Extraña, precisamente por eso, por lo infantil..., por lo sencilla: Ir a la Luna por su mujer y traerla. Con ciento cincuenta mil de sueldo, más gastos, y la mitad en las narices. Sencillo, sí. Extraño, también.¿Por qué?«¡Y dale con el por qué! ¿Por qué, y no viene de uno, no puedo conciliar un ratito el sueño?» Ilógico, sí.Si se miraba bien y se pensaba detenidamente..., *si.*Pero...¿POR QUE?«¡Mierda! ¡Basta ya de elucubrar! ¡Basta ya de absurdas reflexiones! Si al menos pudiera descabezar un sueñecito...»

- Nelson.
- ¿Qué diablos querría el dictatorial Cornel Nelson? ¿Para qué le habría llamado aquel maldito reaccionario? Nicola aseguraba que su tono era de preocupación. ¡Bah..., Nicola! Nicola era de poco fiar en eso de transmitir recados. Siempre estaba mecida por vapores orgásmicos que hacían fluctuar su pervertida mente en los aledaños de la galaxia de la lujuria y la llevaban a confundir los términos con facilidad.De todas formas, a su regreso, se comunicaría con Nelson.Nicola... ¿Por qué estaba tan buena la jodida? ¡Y mira que se lo hacía bien en la cama aquel putón de culo escandaloso y pechos de infarto! Abusaba, ella abusaba del fuerte hechizo sexual de sus tetas. Las mujeres eran así, eran la leche. Y menos mal que él se trajinaba a todas las que le venían...Luces rojas.Brillaban pilotos, intermitentes, chispeantes,

rojos, por doquier del interior del Helios 7.

- ○ Y una sirena.
- ○ Todos los vánales pensamientos, los porqué sin respuesta, Austin el poca cosa, Nicola la cachonda y demás hembras de cuerpos apetentes, Nelson el reaccionario...
- ○ Todo se perdió en el más lejano de los olvidos.LUCES ROJAS.De alarma.

- el sistema magnetocumputado, advirtiendo, avisando machacón y monótono lo mismo que si con él no fuera nada de todo aquello. Nada de lo que estaba sucediendo.

- De lo que iba a suceder.—Alerta roja al tripulante de la nave. Alerta roja. El turborreactor va a ser fragmentado... —¡Joder! ¿Por qué?
- —...Por cuatro proyectiles termogaseosos que avanzan hacia el Helios 7 a una velocidad de cuatro mil kilómetros hora. Están...—!Cacharro de mierda! Supongo que me avisas con tiempo, ¿no?—...A menos de cuatro espaciales de distancia lo que equivale, de acuerdo con la velocidad que desarrollan, a un minuto cuarenta y seis segundos...—¡Un minuto cuarenta y seis segundos! —estalló Taik, convencido de que sus ironías estaban ahora fuera de lugar. Y a punto estuvo de preguntarse un nuevo por qué... *por qué querían destruir su cohete turborreactor y quién.* La ley de la supervivencia se imponía y por ello, al tiempo que se liberaba de cuantas ataduras le mantenían fijo en la butaca de vuelo, rogó, más fiel y creyente que nunca, más convencido que nunca de que Askroax era quien era y podía sacarle de apuros también ahora—: ¡Que tu fuerza y la de las galaxias sea conmigo, Askroax!

- mientras se ponía en movimiento sin tener una idea muy concreta de cómo eludir el impacto desintegrador de los cuatro proyectiles termogaseosos, exclamó para sí:

- —¡Voy a necesitar algo más que eso! Sintió, entonces, unas agudas punzadas en las sienes. Intensas. Dolorosísimas.

- cuando cedió aquel repentino espasmo doloroso, escuchó, con toda nitidez, en el interior de su aparato pensante, una voz que le susurraba:

- —*Vas a necesitar que me integre en ti.* ¡Askroax se estaba comunicando directamente con su cerebro a través de ondas

telepáticas! Concentrándose al máximo, preguntó: —¿Qué debo hacer?

- —*Primero voy a camuflar tu cohete* —decía la voz lejana, procedente de la civilización Laot, con treinta billones de años de existencia y que se gestaba en otro y remotísimo cosmos— para *eludir el impacto de esos proyectiles. Luego te traeré hasta mí para pensarte dentro de la astronave de tus agresores para que puedas combatirles.*
- —No te entiendo, Askroax...
- —*Quiero decir, y lo traduzco a tu lenguaje, que voy a proyectotransportarte a esa nave enemiga. Se trata de entes «fotopensante». Y ten muy presente que dos de ellos, los llamados Jerry Miller, que es a su vez el comandante de la astronave Iokonaza Fire, de la que han partido esos cuatro proyectiles, y Jas Daspray, están provistos de pupilas extintoras a base de expulsiones atomicoinfrarrojas. Recuérdalo cuando te enfrentes a cualquiera de ellos, o a ambos. Conoces, supongo, la génesis de los «fotopensantes», ¿no?*
- —Sí, claro —exclamó y se extrañó al mismo tiempo—. ¡Pero esos seres están confinados en el planeta Zayas! ¡No es posible que...!—Se *han revelado de nuevo* —Askroax seguía comunicándose, merced a la fuerza de su aparato pensante, directamente con el cerebro de T.E. a través de proyecciones telepáticas—. *Y convertido, después de esa segunda insurrección suya en un gravísimo peligro que amenaza tu civilización.*—Los proyectiles estallarán dentro de veintiséis segundos —anunció el sistema magnetocomputado de a bordo.—¡Veintiséis segundos! —repitió, alarmado, Taik Edward. Y ciertamente nervioso, se censuró—: ¡Debía haber cambiado mi traje por el espacial de contacto! ¡Y no dispongo de tiempo ni...!
- —*Ni lo necesitas, T.E.* —anunció, dentro de su cabeza, la voz del semidiós de la civilización Laot—. *En este instante..., en este preciso momento, tu Helios 7 ha desaparecido de la línea de impacto de esos proyectiles termogaseosos. Mantendré los mandos controlados mientras tú, ahora, vienes a mí* y *te pienso en el interior de la astronave de tus enemigos. ¿Dispuesto?*
- —¡Adelante, Askroax! —exclamó, decidido T.E.
- ***
- —¡Maldita sea, maldita! —exclamó Jerry Miller, encarándose con los «fotopensantes» que ocupaban lugares determinados en el segmento de mando de la Iokonaza Fire —. ¡Hemos fallado! ¿Qué ha ocurrido exactamente, Ian?Ian Nogaro miró a su jefe y dijo, encogiéndose de hombros, sin

eludir una cierta preocupación:—Tampoco yo lo entiendo, Miller. He situado los proyectiles en la perspectiva de tiempo y espacio que se me ha facilitado. Las referencias parece ser que eran correctas, pero...

- —¡Jas! —gritó el que llevaba la voz cantante.
- —Incomprensible, del todo incomprensible, Miller —repuso Jas Daspray al tiempo que efectuaba las debidas comprobaciones en el mapa proyectado en su pantalla de lecturas exteriores. Agregando—: Todo estaba en orden. Coordenadas de situación, distancia, velocidad..., pero cuando los proyectiles han llegado a su punto de destino el Helios 7 de ese tal Edward no estaba allí.—¿Insinúas que ha desaparecido? —inquirió, escéptico, Jerry.—Lo afirmo, Miller, lo afirmo. No tengo en pantalla ese absurdo cohete turborreactor. ¡Es como si se hubiera volatilizado, lo mismo que si lo hubiese engullido el cosmos!
- —¿Cómo puedes decir semejante tontería, Jas Daspray?—Por qué no lo compruebas tú mismo, ¿eh, Jerry?
- Jerry Miller pidió datos a la computadora central de la nave y ésta habló de situación anómala y experiencia negativa.
- Dijo, finalmente, tras precisar los datos:—No existe en el espacio ninguna nave Helios 7.
- —¿Dónde está la que tripulaba hace unos minutos Taik Edward?—Experiencia negativa —insistió el ordenador computado— La nave ha desaparecido.
- —¡Pero...¡ ¿Y el cosmonauta? ¿Dónde está el cosmonauta? —volvió a preguntarle a la computadora pulsando una serie de láminas del programador.
- Y obtuvo esta respuesta:
- —Aquí.
- Los cuatro entes que ocupaban distintas posiciones en el segmento de mando de la lohonaza Fire, se miraron entre sí.
- Y aunque sus rostros mostraron estupor y sus bocas permanecieron cerradas, pareció que todos, en el silencio, decían:
- «La computadora se ha vuelto loca.»
- Jerry Miller activó otras células del programador, preguntando, nervioso, a renglón seguido:—¿Dónde se encuentra situado en tiempo y espacio el cosmonauta Taik Edward?
- La respuesta fue invariable. Casi angustiosa:—AQUÍ.
- —¡Mierda!—bramó el «fotopensante», que comandaba el aparato sideral que había pretendido agredir el cohete

turborreactor en que viajaba T.E. Y pulsando otros elementos electrónicos del sistema computado, quiso saber—: Pido ampliación del término «aquí».

- Y al instante: —Astronave Iokonaza Fire, procedente de Zayas, bajo el mando del comandante Jerry Miller.
- El aludido desorbitó sus mortíferos ojos, articulando:—¡Aquí...! ¿En nuestra nave? ¡Pero! ¿Cómo ha...?
- Un fogonazo de áurea anaranjada, tupido, intenso, cegó las pupilas de los que se hallaban en la prospección de mando de la Iokonaza Fire.
- La sorpresa no fue tanta porque ya entendían lo que aquello significaba.
- —¡Debe ser ese tipo! —gritó Jas Daspray.
- * * *
-
- Era...
- Era aquel tipo, sí.Taik Edward, T.E. para los amigos. Pensado por el todopoderoso cerebro de Aslroax dentro de la astronave agresora. Les sonrió aquel tipo, sí.
- —¡Hola, caballeros! ¿Molesto? Bueno..., en tal caso, les pido disculpas, ¿eh? Pasaba por ahí fuera en uno de mis frecuentes paseos por el espacio y me he dicho... ¡Taik! ¿Por qué no visitas a tus amigos los «fotopensantes»? Se alegrarán tanto de verte... ¿Quién de vosotros es el señor Miller?
- —Yo...
- —¡Vaya, hombre, el señor Miller! —T.E. se producía con tanta naturalidad, como si lo que estaba sucediendo en aquellos momentos fuese de lo más normal del mundo, que los otros habían visto encogida, abortada casi, su capacidad de reacción. Y añadió—: ¿Así que tú eres el de los ojitos atómicos, infrarrojos...?—¡Vas a morir, maldito! —rugió, congestionado, el aludido Miller.

- el caudal rojizo de sus ojos se había hacinado de pronto, velozmente, con mortal vehemencia, en la figura del recién aparecido.

- —¡Si serás violento! —gritó Taik.

- si los cuatro individuos que se hallaban en el segmento de mando de aquella suntuosa, grande y bien dotada astronave, seguían sorprendidos pero menos, lo que vieron ahora les dejó sin resuello.

- TE, huyendo de los fogonazos carbonizadores que emitían las pupilas de Miller, como ajeno al magnetismo gravitatorio

de la propia nave, caminó por el vacío, rozando el techo de la Iokonaza Fire con sus cabellos rubios de dios mitológico, luciendo una burlona sonrisa en los labios.

- —¿No aplaudís, familia?
- Lorne Stocker, ingeniero espacial, fue quien antes reaccionó desenfundando su pistola láser y enviando un núcleo de radiaciones desintegradoras contra el cuerpo de Taik.
- Pegó un brinco, siempre en el aire, para luego trazar una especie de «X» con ambas piernas para que los pies, uno y otro, alternativamente, impactaran en el rostro del que había disparado.Stocker pensó que le acababan de fragmentar el cráneo. Sentía un dolor muy intenso y más lo fue, cuando al irse adelante porque la nuca y el espinazo no parecían poder sostenerle la testa... más doloroso fue, decíamos, el trallazo que con el canto de la zurda le aplicó Taik en el cogote.Lorne Stocker se acabó de doblar... definitivamente. Muerto.—¡Lo ha matado! —rugió Miller. Gritando acto seguido—: ¡Jas..., concentremos en él nuestras miradas! ¡Vamos a pulverizarlo!
- —¡Sí, Jerry! —vibró Daspray, furioso—. ¡Veamos de qué color son sus cenizas!
- T.E. seguía fluctuando casi pegado al techo de la astronave pero ello no era salvoconducto alguno para evitar que los chispazos atomicoinfrarrojos hicieran blanco en el, reduciéndolo a polvo.Pasó por encima del fallecido Stocker metiéndose como una exhalación por el pasillo que intencionadamente le dejaban las miradas de Miller y Daspray, esperándolo en el centro para fulminarlo cuando él, con lógica, emprendiera aquella única senda para luego poder sorprenderles.La mirada, obvio, era mucho más rápida en su actuar que podían serlo las evoluciones de T.E. por rapidez infinitesimal que imprimiera a todos y cada uno de sus movimientos.
- Taik, amagó la veloz carrera.
- Jerry le esperaba con sus pupilas hacinadas en un punto convergente. Jas, lo mismo.
- —¡Ahora! —aulló Miller—. ¡Fulminémoslo!
- T.E. consiguió lo imposible... o lo casi imposible. Cuando estaba lanzado a toda marcha por aquel pasillo que necesitaba recorrer entre las pupilas de sus enemigos para atacarles con cierta garantía, se detuvo en el aire, de súbito, como si una fuerza desconocida tirase de él, manteniéndolo inmóvil en el vacío.
- Contemplando con una sonrisa en sus labios irónicos las

expresiones homicidas del dúo de «fotopensantes» cuando enviaban las fases desintegradoras que emitían sus ojos al punto donde suponían que debía encontrarse T.E.

- —¡Nos ha burlado! —se desesperó Jerry.
- Y cuando ambos trataron de rectificar, ya era tarde. TE se había lanzado en plancha, extendidos los brazos como si ahora volase con igual estilo que un pájaro, sobre ellos, atrapando con la diestra a Miller y con la zurda a Daspray, con los cuates a rastras prosiguió su insólito planeo hasta estrellar sus respectivas cabezas contra el mamparo estanco frontal de la astronave.
- Taik se posó en tierra, perniabierto, frente a sus maltrechos contrincantes.
- Jas fue el primero en reaccionar.
- T.E. le clavó su puño diestro, potente y demoledor como un cañón atómico, en mitad de la boca del estómago Y mientras Daspray, brutalmente sorprendido, se encogía a causa del impacto el terrestre extra le brindó su ancha espalda..., pero se la brindó para echar sus manos atrás, inclinándose leve y velozmente, atrapar el cuello del otro por ambos lados y pasándolo por encima de él, proyectarle contra el tabique opuesto donde se reventó la cabeza quedando muerto al instante.Miller, tambaleante pero consciente, renunció a sus ojos y tiró de la pistola láser, aprovechando que Taik estaba de espaldas a el.
- Le dio al gatillo.Justo cuando T.E. se revolvía, agachándose.
- Los rayos fulminadores pasaron por encima de los dorados cabellos de aquel hombre excepcional, sin rozarlos tan siquiera, y Taik disparó arriba su pierna izquierda impactando en la muñeca armada de Miller, que tuvo que soltar la pistola a causa del tremendo trallazo.
- Taik sabía que con un hombre que era capaz de carbonizarle con la mirada tenía que actuar mortíferamente.Su diestra le cazó el hígado, obligándole a una contracción.Taik prodigó uno de sus espectaculares giros quedando de nuevo de espaldas al aturdido Jerry para incrustarle, vertiginoso, el codo que enviaba atrás en mitad de la cabeza.Se revolvió, viéndolo aturdido y medio inconsciente, para estallarle la rodilla en el rostro, dar otra vuelta y efectuar en su nuca la presa que siglos ha se llamara «corbata», presionando, presionando cada vez más y más, hasta que por la boca de Jerry Miller, además de un tramo de lengua, salió también su programada vida de

«fotopensante».Programada, en teoría. Porque después de los hechos, estaba claro que los «fotopensantes» habían demostrado que podían moverse con total autonomía escapando al supuesto control de perfeccionamiento que en todo momento, y siempre teóricamente, debía tenerlos sometidos.

- T.E. lanzó un prolongado suspiro.Exclamando a continuación:—¡Gracias, Astroax!
- Unos segundos más tarde la voz del semidiós de la civilización Laot llegó al interior dé su cerebro a través del tendido telepático, diciéndole:
- *—Eres hombre de grandes recursos, Taik. Estoy seguro de que hubieses triunfado igualmente sin mi ayuda.*
- —Lo dudo —reconoció el *space private eye*—. Ellos me habrían desintegrado en el interior de mi cohete. Me has salvado la vida, Askroax. Y estamos en paces si es que me ayudabas por el hecho de haber salvado yo la de tu hija.
- *—Esa clase de deudas nunca se saldan, Taik Edward. Tú libraste de la muerte a Adstrack sin saber quién era, ignorando que yo existía, que era su padre y que disponía de un poder que podría serte útil posteriormente. Por esa razón, mi deuda contigo siempre estará pendiente. Voy a traerte a mí para pensarte después dentro de tu cohete. ¿Estás preparado?*
- —Quisiera antes, Askroax, activar los mecanismos de autodestrucción de esta nave.Entonces, justo entonces, el cuarto hombre que se hallaba en el segmento de mando de la Iokonaza Fire, que hábilmente se había ocultado durante la refriega para pasar desapercibido, surgió, muy despacio, por detrás de T.E. empuñando en cada mano una pistola láser.Puede que fuera su propia excitación, el agitado respirar, sus palpitaciones… Algo debió ser lo que advirtió a Taik obligándole a revolverse como una centella.
- —¡Siempre estoy en la luna!Iba a la Luna, sí. Pero todavía no lo estaba.Quería decir que acababa de cometer un gravísimo error.
- Leyó en los ojos y en la expresión de Ian Nogaro que éste iba a oprimir ambos gatillos al unísono.
- Ya.¡Y los oprimió, naturalmente!
- T.E. pensó que la distancia era muy exigua para intentar algo que no fuese, primero, eludir la muerte. Y lo pensó, desde luego, en fracciones ínfimas de segundo.
- Atrás…
- Cayó atrás, basculando sobre la parte superior de su espalda, clavícula y cervicales altas, en el segundo preciso

que los cañones de las armas enviaban adelante sus llamaradas mortíferas.Aprovechando el desconcierto de Nogaro, T.E. subió como una centella atrapando con ambos tobillos al unísono los laterales del cuello del otro para voltearlo con inusitada violencia, alzándole, obligándolo a volar, y dirigiéndolo como un obús contra la misma pared, donde Jas Daspray había dejado pegados los sesos o lo que fuesen.

- El estampido fue brutal.Taik se lanzó por los aires, tras Nogaro, clavando el canto de sus poderosas manos en los flancos del «fotopensante» con una fuerza demoledora que prácticamente acabo de reventar a Nogaro.Se desplomó, muerto, sin exhalar un gemido.
- T.E. entonces le dio un somero vistazo a la astronave, que era de fabricación terrestre, USA para ser más concretos, y que había sido puesta al servicio de los cosmonautas integrados en la guarnición que custodiaba a los ahora nuevamente insurrectos «fotopensantes».Activó las células autodestructoras y musitó, seguro de que le escuchaba:— Estoy dispuesto, Askroax. Perdona la demora, pero he tenido que solucionar un segundo problema.Segundos después, Taik Edward era engullido por el poder cerebral de Askroax y como dos minutos más tarde la Iokonaza Fire estallaba en horrísona explosión, quedando fragmentada, deshecha, con sus porciones candentes perdiéndose por los abismos ignotos del cosmos.

- CAPITULO V
- Reintegrado a su puesto en el cohete turborreactor por obra y gracia del enorme poder psíquico de su lejano protector Askroax, Taik programó nuevamente las células del ordenador para que el Helios 7 prosiguiera viaje hacia la Luna bajo el control autónomo del sistema computado..., lo mismo que si nada hubiese sucedido.
- Pero había sucedido.

- mucho.

- Se abandonó a la comodidad de su butaca, achicando las pupilas en un maquinal esfuerzo de concentración.
- Los «fotopensantes» se habían sublevado por segunda vez.

- ahora, la cosa, parecía ser mucho más grave.

Con ser ello importante. TE estaba más ocupado en saber cómo y por qué le habían atacado a él, que preocupado por el mismo hecho

en sí de la nueva insurrección de aquellos entes.

¿Tenían, acaso, algo concreto contra él?

No…, que supiera.

Sin embargo, estaba fuera de toda duda que aquel ataque no había sido fruto de la casualidad. Ni tampoco algo inesperado, algo que se había hecho así por las buenas…

Le estaban esperando.

¿Esperando…?

¡Vaya, ya volvían de nuevo las preguntas!

Los… por qué.

¿Le estaban esperando realmente los «fotopensantes»?

Por qué de ser así…

Se irguió, de repente, en la butaca abatible desde la que podía controlar los mandos mecánicos y manuales de la manejable astronave.

Más que erguirse, se puso tieso, erecto

¡AUTIN JOSTON!

Era la respuesta.

Los «fotopensantes» habían sabido del viaje de Taik Edward a la Luna por medio de aquel tipo insignificante, de aquella poca cosa, de aquel menda hasta cierto punto extraño y enigmático a fuerza de ser vulgar.

Entonces… ¡Austin Joston era un «fotopensante»! Uno más de ellos, cuya misión había consistido en provocar su viaje, el viaje de TE al satélite de la Tierra para que los otros, en el espacio y con toda limpieza, acabasen con él.

¿Cuál era la razón de aquella sentencia dictada contra él por los «fotopensantes»? ¿En qué medida les preocupaba a los insurrectos el hombre al que se apodaba el terrestre extra?

Otra luz fuerte, cegadora, vivificó de nuevo el brillante intelecto de aquel tipo excepcional, haciéndole erguir otra vez.

¡La llamada de Cornel Nelson!

«...Pero se me antojó que su voz sonaba preocupada», había dicho la excitante Nicola.

¡Y tan preocupado como estaba el reaccionario de Nelson! ¡A causa de la nueva rebelión de los «fotopensantes»!

Taik entendió que los por qué comenzaban a tener respuestas lógicas. Que las piezas del puzzle encajaban: los «fotopensantes» temían que él se inmiscuyera en aquel asunto a instancias de su ex jefe, el director de la sección USA del Space Intelligence Control y para evitarlo habían decidido eliminarle. ¿El procedimiento? Sencillo. Por medio de Austin Joston, uno de ellos, le habían tendido el señuelo de acudir a la Luna en busca de una esposa infiel, con la malsana intención de pulverizar su nave durante el trayecto.

Su canal deductivo fue más lejos todavía y Taik pensó que aquella gente habían previsto un posible fracaso en la destrucción del Helios 7 —como así sucediera de hecho—, por lo cual, arriba, en el satélite, el tal Wolfang y su amiguita Prudence lo esperaban para eliminarle en caso de que fallara la primera intentona.

¡Peligrosos los «fotopensantes», sí!

Muy agudos y criminales.

¿Qué era lo que en verdad pretendían ahora?

Salió de su aparente ostracismo físico para maniobrar en los controles de intercomunicación tierra-espacio, sintonizando la frecuencia correcta que le permitiera enlazar con una central transmisora-receptora de Washington.

Y tras haber sintonizado el estabilizador de frecuencias, anunció:

—¡Taik Edward llamando a Washington, a central del SIC! ¡Taik Edward en trayectoria de vuelo espacial a la Luna a bordo del turborreactor Helios 7, llamando a la central del SIC! ¿Me reciben?

Vio un rostro en la pantalla del videointercomunicador, con imagen desestabilizada, aguas e interferencias, pero de una calidad aceptable, que decía:

—¡Le recibimos en central SIC, Edward! ¡Adelante!

—Quiero hablar con Cornel Nelson... ¡urgente!

—Un momento de espera, Edward. Voy a pasarle.

Se fue la cara del video para surgir en su lugar, como medio minuto después y en mejores condiciones de visibilidad el rostro arrugado y aquilino de un sesentón calvo con aladares escasos y plateados, ojos menudos y muy negros, expresión hosca y voz de barítono, gritando:

—¡Ya era hora, Taik! ¿Qué puñetas haces camino de la Luna? Me dijo tu secretaria que precisamente estabas...

—Olvídelo, señor. ¿Para qué me buscaba?

—Graves problemas, T.E.

—¿Ha olvidado que ya no pertenezco al Space Intelligence, señor? —T.E. le sonrió burlón a través de la pantalla.

—Moralmente, sigues siendo del SIC. ¿Recuerdas nuestro código de honor?

—¡Pamplinas! Pero lo admito, vale. ¿Esos problemas graves se llaman... «fotopensantes»?

—¿Cómo lo sabes, Taik?

—Si preguntamos todos, jefe... Acabo de tener un cambio de impresiones con ellos. ¿Desde cuándo están campando por sus respetos?

—Se sublevaron hace una semana y...

—¡Los hay que van equipados con unos ojitos atómicos que te hacen polvo antes de pensarlo! —le atajó T.E.—. ¿Sabía eso, jefe?

—Me lo dijo la teniente Worleys.

—¿Quién es la teniente Worleys?

Se lo dijo. Y le explicó también la odisea vivida a bordo de la astronave Diagonal 102. Concluyendo:

—La muerte de esos tres científicos venusianos nos va a crear gravísimos quebraderos de cabeza, T.E.

—Entiendo, señor. ¿Qué pretenden en verdad esos seres?

—La cosa es complicada. ¿Conoces el cómo y por qué de su... llamémosle creación?

—Algo —admitió Taik. Agregando—: Parece ser que en

principio se crearon para asumir las tareas físicamente más duras, ¿no?

Vio una mueca escéptica en el rostro que se reflejaba en la pantalla. Y oyó decir a su ex jefe:

—Las eminencias siempre encuentran la manera de justificar sus genialidades. Te haré un poco de historia, T.E.

—Le escucho, señor.

—Hace como un siglo se creó en Miami bajo los auspicios de un eminente genético lo que se dio en llamar Banco de Órganos. La idea original consistía en disponer de un prolifero depósito de órganos que permitiera abastecer toda clase de centros sanitarios en cuestión de trasplantes. Más adelante se dio vida a la idea de poder «construir» con aquellos órganos vitales seres vivos, móviles, de carne y hueso que se comportasen como robots..., a los que se bautizó antes de nacer con el nombre de «fotopensantes». Se formaba un ser humano con los órganos provenientes del banco, un hombre *exactamente igual a los demás,* pero interviniendo en la neurona cortical de su cerebro, consiguiendo su paralización absoluta. Dicho de otra manera: se le sustraía su actividad cerebral nerviosa para devolvérsela a través de emisiones hertzianas controladas por un cerebro central que luego podría simplificarse a base de pequeños controles remotos. Así, en resumidas cuentas, se obtenía una foto del ser humano original con el pensamiento dirigido.

»Esa utopía tuvo su cristalización en nuestra era de la Maxim Genetic Incorporated, que trabajaba con contrato exclusivo de nuestro gobierno. Se emprendió la tarea y en pocos años tuvimos tres mil "fotopensantes" aptos para realizar cualquier tipo de trabajo que se les asignara, dependiendo siempre de las instrucciones del cerebro central. Pero un buen día esos entes escaparon al control y canalización del cerebro motriz que alimentaba sus neuronas corticales y tomaron conciencia por sí mismos de su realidad... *pensaron por ellos mismos.* La rebelión fue abortada como tú sabes y aprovechando la reciente colonización del planeta Zayas, descubierto precisamente en una misión experimental del SIC, se les desterró allí para que se ocupasen en la extracción del cuarzo tan abundante en aquel lugar. Todo parecía funcionar hasta que, hace una semana, estalló esta nueva insurrección.

Cornel Nelson hizo un alto como esperando las preguntas del

cosmonauta.

—Me ha hablado usted, al referirse a lo acaecido en la Diagonal 102, que los «fotopensantes» entregaron un pliego de exigencias a la teniente Worleys. ¿Qué exigen?

—Derechos exactamente iguales a los nuestros. Un presente y un futuro.

—¿Y no se les puede conceder?

—No… Porque se ha descubierto la innata inclinación de sus intervenidos cerebros hacia el mal. Son seres psíquicamente tarados que sólo piensan en la destrucción. Fallon Worleys contempló cómo un tal Jerry Miller…

—Jerry Miller está muerto, señor —dijo Taik, haciendo acto seguido una breve exposición de lo ocurrido a bordo de la astronave Iokonaza Fire, omitiendo por supuesto la colaboración inestimable de Askroax. Y añadió con evidente ironía—: ¿De quién fue la brillante idea de dotar a algunos de esos entes con pupilas destructoras?

El suspiro y la fugaz crispación de Cornel Nelson fueron captados allá arriba, en el espacio azul y silencioso, por T.E.

Escuchando:

—Esa es otra de las brillantísimas ideas de los genios a que antes he aludido. James McEnroe ya llevaba tiempo alentando esa posibilidad y pensó que si efectuaba un ensayo con seres controlados, con «fotopensantes», podría obtener la experiencia necesaria para más adelante trabajar con determinados seres humanos… *normales.* Al producirse la primera rebelión, McEnroe se asustó, pensando que era mejor seguir guardando silencio al respecto que hablar de ello y contribuir a una situación de zozobra y pánico. Supuso que en Zayas estarían perfectamente reducidos y que no habría problema. Que ya hablaría de su experimento más adelante, cuando se dejara de pensar que aquellos entes eran un peligro. Tras lo ocurrido en la Diagonal 102 el tema ha saltado a la palestra y se está estudiando la conveniencia o no de actuar judicialmente ya desde el ámbito civil o militar, o desde ambos si así se estima, contra el ingeniero genético McEnroe. El hombre está hundido, todo hay que decirlo… Pero con los «fotopensantes» en rebeldía y esa arma de exterminio en la mirada de algunos de ellos… ¿Entiendes, verdad, T.E.?

—Entiendo.

—La teniente Fallon Worleys te espera en la Luna. En las dependencias del delegado del SIC, Akan Sharif, en la base intergaláctica Lunar I. Ella podrá ampliarte los detalles que necesites y colaborará contigo en la misión que se sobreentiende que te acabo de asignar.

—¿Y cobraré por ella..., por la misión, quiero decir?

—Tú estás en el Space Intelligence Control bajo contrato oral..., lo he dicho antes, ¿verdad? La Casa de la Moneda todavía no imprime billetes morales. ¿Me explico?

—Se explica, jefe.

—¡Oye...! ¿Se puede saber a qué vas otra vez a la Luna?

No tuvo inconveniente en decírselo.

—¡Lo ves! —exclamó Cornel Nelson con una sonrisa de satisfacción y complicidad reflejándose en la pantalla. Desgranando —: Tarde o temprano te habrías visto metido en el gajo.

—¿Y cómo piensa que podemos acabar con tres mil entes que no sabemos dónde se hallan y a los que no podemos distinguir de nosotros mismos, los auténticos humanos?

—No se trata de exterminar a los tres mil, T.E.

—¿No...?

—¡No! McEnroe ha declarado después de tener fidedignas noticias de lo sucedido en Zayas por lo que respecta a la rebelión que hay uno de ellos, que se hace llamar Louis Weingarten, que ha asumido la responsabilidad de cerebro motriz, que controla a los demás, que los dirige y programa desde y a través de su propio cerebro. Eliminando a Louis Weingarten, el resto de «fotopensantes» quedarán totalmente indefensos, podrán ser reducidos con facilidad y se anulará, uno por uno, cualquier energía registrada en sus cavidades cerebrales. ¿Podemos confiar en ti, T.E.?

—¿Puedo yo confiar en que la teniente Fallon Worleys sea una hembra agradable con la que pasar unas horas de fábula antes de lanzarme en pos del tal Weingarten?

—¡No tienes arreglo, T.E.!

Es que hay cosas, señor, que siguen sin tener enmienda.

Desde abajo, desde Washington, cortaron el enlace.

Taik consultó el reloj: faltaban todavía un par de horas para alcanzar la órbita de la Luna.

Ahora sí.

Ahora, por todos los medios, intentaría descabezar un sueñecito.

Con la esperanza, claro, de que no lo alterasen los «fotopensantes».

Minutos después, dormía plácidamente.

CAPITULO VI

Apenas había concluido exitosamente la maniobra de alunizaje y saltado al suelo del astródromo abierto casi en el centro geográfico de la base Lunar I, dando unas palmadas cariñosas —como muchos siglos atrás lo hicieran los cowboys con sus monturas— en el fuselaje del cohete turborreactor..., apenas si había concluido esos ritos, decíamos, cuando se le acercaron, rodeándole con estricto sentido militar un par de guardias de seguridad.

Inquirió, respetuoso, el más alto:

—Es usted el señor Edward, ¿no?

—Taik Edward —les sonrió—. Os envía Akan Sharif, ¿cierto?

Evidenciaron con el gesto su sorpresa, pero el que hasta entonces había hablado, se limitó a asentir:

—Sí. ¿Quiere acompañarnos, por favor?

—Será un placer.

A bordo de un selenemóvíl y prudentemente escoltado por los dos rígidos y profesionales guardias, Taik, siempre con la sonrisa en los labios, juvenil e irónica sonrisa, fue trasladado al segmento de la base Lunar I que ocupaban las dependencias tránsito administrativas de la delegación del Space Intelligence Control en la capa del satélite terrestre.

Akan salió de la mesa que ocupaba para fundirse en un abrazo con Taik Edward.

—¡Muchachito! —exclamó—. ¿Qué haces para estar siempre tan joven?

TE que también le había puesto cariño al abrazo, ampliando su picara sonrisa, repuso:

—Acostarme con todas las mujeres que puedo.

—¡Siempre el mismo! —exclamó el delegado del SIC en la base intergaláctica Lunar I.

—Ya sabes aquello de... «genio y figura», ¿no?

—Siéntate, hombre, siéntate —y Sharif pasó a hacer lo propio

tras la mesa.

Se miraron con júbilo.

Akan y Taik hacía varios años que trabaran amistad. Y ello fue con motivo de la primera misión que por cuenta del Space Intelligence Control había llevado a T.E. a la Luna.

Simpatizaron desde el primer instante y su amistad siempre estuvo presidida por la honradez y sinceridad que caracterizaba a ambos.

Akan Sharif se veía como unos diez años mayor que Taik. Era también alto, pero quizá no tan musculoso como T.E.

—Te están complicando las cosas los «fotopensantes», ¿eh? ¡Con lo tranquilo que tú sueles estar aquí en la Luna!

Sharif no se sorprendió de que fuese T.E. quien se lanzara abiertamente al asunto, ya que Cornel Nelson, después de hablar con Taik a bordo del Helios 7, se había comunicado con su delegación en la base intergaláctica para concretar los términos de la conversación.

—Sí… Y como el jefe me ha hablado de los motivos por los que esta vez has viajado hasta aquí, relatándome también el encuentro que habías tenido con los «fotopensantes»… me he permitido hacer unas gestiones por tu cuenta.

—A ver, a ver… —fingió morderse el labio inferior con supuesta duda T.E.—. Déjame que trate de adivinar… ¡Ya lo tengo! Has indagado si en el Cosmocenter Biologic University se ha integrado un biólogo llamado Wolfang Fisher…

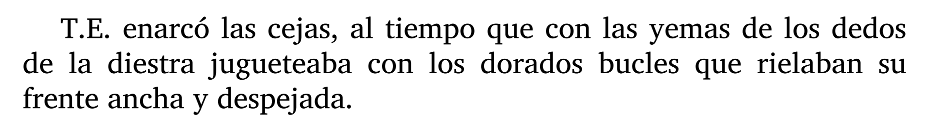
—Al que acompaña su secretaria, la bellísima señorita Prudence Larkin —completó, con amplia sonrisa también, Akan Sharif.

—¡Perfecto! —exclamó T.E.—. Así que están aquí, ¿eh?

—Están…

—¡Lo que yo suponía! ¡Preparados para eliminarme si fallaba el intento de los tripulantes de la Iokonaza Fire! Son gente meticulosa y calculadora nuestros enemigos los «fotopensantes», ¿no te parece?

—Su inclinación al mal y a la destrucción se ve que agudiza al máximo el funcionamiento de sus averiadas neuronas. ¡Ah, a propósito! Me he permitido tomar una pequeña iniciativa…


T.E. enarcó las cejas, al tiempo que con las yemas de los dedos de la diestra jugueteaba con los dorados bucles que rielaban su frente ancha y despejada.

—¿Cuál?

—He corrido la noticia de que un cohete turborreactor procedente de la Tierra y tripulado por un tal Taik Edward, ha estallado en el espacio, sin que hasta el momento se sepan las causas específicas que han producido su desintegración.

—¿Para confiar a Wolfang y Prudence?

—Sí…

—Habrán pedido confirmación a sus compañeros «fotopensantes» de la Tierra. Al tal Joston concretamente —dijo T.E.

—Cabe la posibilidad de que hayan dado por buena la noticia, ¿no te parece?

—Cabe…

En aquel momento se abrió la puerta electrónica del despacho de Akan Sharif y anunció un guardia de seguridad:

—La teniente Worleys ha llegado, señor.

—Hágala pasar —dijo el delegado del SIC en la Luna.

Mientras la mujer hacía acto de presencia en la estancia, Akan le dijo a su amigo Edward:

—De todas formas y mientras no se demuestre lo contrario, puedes intentar moverte cerca de esa pareja partiendo del hecho de que ellos te suponen muerto…

—Vale la pena probarlo —asintió T.E. —, sí.

Entró la magnífica hembra, saludando:

—¡Hola!

Akan le salió al encuentro con la mano derecha extendida.

—¡Qué tal, señorita Worleys! ¿Cómo se encuentra?

—Bien —estrechó ella la mano que el delegado del SIC le tendía. Corrigiéndole—: ¿Le importaría llamarme teniente Worleys, señor

Sharif?

Intervino T.E., que desde el instante en que ella apareciera no había dejado de mirarla con interés, atención y curiosidad. Valorando los exquisitos relieves de su cuerpo, la perfección de sus facciones, el enigma insinuante de sus preciosos ojazos verdes y los chispazos azules que despedían, de tan negras, las hebras brillantes y sedosas de su cabello… intervino, con su cinismo de hábito, preguntando:

—¿No eres tú una bella señorita? ¡Vaya, hombre! Tendré que darme una vuelta por el oftalmólogo.

Fallon le miró.

—Usted debe ser el graciosísimo y sin igual T.E., ¿no? El que siempre hace gracia y al que todo le está bien, ¿verdad? El que se cree superior a los demás hombres, más inteligente, más guapo…

—Más guapo y más conquistador para las mujeres sólo, prenda. Ellas me han…

—¡Basta, señor Edward! —estalló ella secamente. Añadiendo—: El director de la sección USA del Space Intelligence Control me ha ordenado colaborar con usted en todo lo referente a la destrucción de los «fotopensantes»… y nada más. ¿Lo entiende bien, señor Edward? Si usted es diferente a los demás hombres, yo lo soy a las demás mujeres. No suelo dar ningún tipo *de… facilidades* —matizó intencionada enfáticamente la palabra «fa-ci-li-da-des». Insistiendo —: ¿Lo entiende bien?

—De la manera que tú te explicas… ¡cualquiera no lo entiende! —T.E. avanzó hacia ella, mirándola ahora con esa curiosidad profesional con que los científicos observaban los virus a través del microscopio. Con el ceño fruncido y un gesto de preocupación bruñendo sus facciones: Murmuró—: Pues no me había fijado yo en… —alzó los ojos del suelo para clavarlos, profundamente, en aquel mar verde, en aquella pareja de luminosas esmeraldas que ella llevaba metidas dentro de las órbitas. Y pidió—: ¿Quieres darte la vuelta, Fallon?

No se atrevió ella a negarse, confundida por aquella expresión que lucía Taik.

Dio la vuelta, sí.

—Otra, por favor… —murmuró Edward.

Otra.

—¡Tienes unas piernas y un traserito de fábula, pequeña! —exclamó T.E.—. Gracias por haberme permitido un...

Akan no pudo contener unas carcajadas.

Fallon se fue a Taik y le arreó un par de sonoras bofetadas. Claro que, con sus delicadas manitas, poco daño podía hacerle al sinvergüenza de T. E.

El delegado del SIC en la base intergaláctica Lunar I, viendo el cariz que tomaban las cosas optó por abandonar su despacho, dejándoles a ellos solos.

—Tengo mucho que hacer —objetó. Agregando—: Y como ya os conocéis... ¡Adiós, teniente Worleys! ¡Hasta luego, Taik!

Y se largó.

—Pegas como los propios ángeles, muñeca... —y la cazo.

Por la cintura, estrechándola contra su tórax poderoso con fuerza casi violentamente, elevándola del suelo para buscar aquellos labios de fresa que Fallon lucía... para besarlos apasionadamente.

Ella, colgada, pateando, le clavó las punteras de sus botas plateadas en los tobillos.

—Tus patadas no duelen, princesa. Al contrario, acarician. Y estimulan. Porque voy a besar esa boquita que tienes, ese dulce panal, llevándome dentro de mí toda la miel que almacena... ¿Por qué no colaboras, Fallon? Si los dos ponemos de nuestra parte...

—¡Eres un sucio canalla, TE!

La miró, con mucha fuerza ahora. Metiendo sus discos azulados completamente dentro del verdor de los de ella. Permeabilizando su cerebro con aquella mirada, reduciendo su voluntad al mínimo, seduciéndola al máximo...

—¡De veras te parezco sucio?

La voz de Fallon surgió ahora, ronca, jadeante, por entre sus labios fresa y sangre:

—No...

—¿Y un canalla?

—No...

—¿Quieres besarme, muñequita de preciosas pupilas verdes?

—Quiero... ¡quiero lo que tú quieras, T.E.!

Y aquella mujer que pocos minutos antes había pregonado que no daba «fa-ci-li-da-des», se dejó reducir. Y desnudar poco a poco, lentamente, por las manos cálidas del hombre singular, arrollador, que la desarbolaba con su sola y penetrante mirada.

Cuando las yemas de Taik pulsaron los vibrantes y rígidos pechos de la hembra, brotaron cataratas de suspiros primero y de rugidos de pasión después, de los labios encendidos, ardientes, de Fallon Worleys.

Se abrazó desesperada al cuerpo, ya desnudo también de Taik, suplicándole con frenesí que la poseyera.

Fue un acto sublime, magnífico, delirante, en el que ambos alcanzaron el cenit del placer y la pasión.

Algo imprevisto. Que no estaba previsto en aquel encuentro preliminar entre ambos. Y que precisamente por eso había cobrado una singular magnitud, un éxtasis divino.

—¿Has disfrutado, pequeña? —los labios de Taik, hablaban, moviéndose encima de los de ella.

—¡Como nunca!

—Habrá que darle las gracias a Akan... y la enhorabuena por tener un despacho tan sutilmente erotizado, ¿no te parece?

—¡Tonto...!

—Divina.

—Taik..., —susurró ella, como una gatita cálida, amorosa y satisfecha.

—¿Qué, amor?

—Tenemos que hablar de cosas muy importantes.

—No ahora, Fallon. ¿Hay algo más importante en todo el universo infinito que contemplar, desnudo, el cuerpo tan hermoso y

bello como el tuyo?

—¡T.E.! ¡T.E.! ¡Eres fabuloso...! —y besó la boca sensual y cínica de aquel hombre deseado por todas..., de aquel tipo escéptico, frío y cálido a la vez, amoroso y mortal, al que llamaban el terrestre extra.

—¡Tienes una boca de fábula, preciosa! Y que despierta en mí no malos, sino peores pensamientos.

—¿Peores..., Taik? —inquirió ella, mimosa, regocijándose en la lúbrica morbosidad que él insinuaba.

—Quiero poseerte otra vez, dulce geisha de los ojazos esmeralda...

—¡Me voy a volver loca de deseo, T.E.!

Taik evitó que eso sucediera.

Que Fallon se volviera loca.

Y sólo pudo evitarlo calmando aquel deseo ardiente, agónico, que estaba consumiendo a la hembra.

Como el propio Taik le dijera a Cornel Nelson desde el cohete turborreactor Helios 7... *Es que hay cosas, señor, que siguen sin tener enmienda.*

CAPITULO VII

—Todo este asunto tiene un trasfondo complicado, Fallon.

—¿Por qué, Taik?

—Exactamente no tengo la respuesta, pero... —se habían trasladado al Meteoro Pub's, al sitio donde T.E. tuviera la fricción con el «descomunal» a causa de las indiscreciones de la amiga de aquél y luego de Selenita, que había puesto en evidencia la identidad de T.E. Y habían ido a aquel lugar porque quizá ambos, en el fondo de su ser, tenían un pequeño sentimiento de culpabilidad por la utilización romántica, erótica, extremadamente erótica, que habían hecho del despacho de Akan Sharif. Insistió Taik, sin concretar—: Pero...

Fallon se removió inquieta, recogiendo las finísimas hebras azabache que se desprendían, anárquicas y libertarias, de su

gracioso y brillante moño.

Preguntando:

—Pero... *¿qué pero,* T.E.?

—Mira, pequeña... —se mordió el labio inferior como algo confuso en su exposición, como dubitativo en su teoría. Pero al final se lanzó—: No es lógico que si los «fotopensantes» están en verdad dotados de tanta fuerza y poder, fuerza y poder que les fue otorgado cuando se suponía que siempre iban a estar bajo control..., si tienen esos valores y han llegado a ser conscientes de ellos, pensando por sí mismos, es absurdo que se dejaran atrapar cuando lo de su primera rebelión y se dejasen conducir a Zayas.

—¡No pudieron evitarlo! Su insurrección fue descubierta muy a tiempo...

—Rechazado, Fallon. Entes provistos de ojos atómicos o como sean, estaban en condiciones de eliminar media humanidad antes de que ésta se enterase. Pero pienso que a esos seres no les interesa eliminar a la humanidad...

—¿Entonces...?

—Les interesa... *someterla,* dominarla —concluyó T.E. —. Eso de las reivindicaciones, de los derechos, su pliego de exigencias, ¡tonterías! ¿Derechos...? ¿Qué derechos? Teóricamente no pueden tenerlos porque no son íntegramente humanos. Incluso su longevidad es sensiblemente inferior a la nuestra. ¿Cuál es la verdad? Entes que no son humanos y que se mueven como tales... *es porque los mueve un humano,* Fallon.

Desorbitó ella los ojos mirando con mucho interés y atención el varonil y ahora meditativo rostro del apuesto ejemplar masculino que respondía a las familiares siglas T.E.

—¿Qué estás insinuando, Taik?

—Tras ellos existe alguien. Un poder que los maneja. Un ser perfectamente normal, por completo racional, que los controla... que es en verdad ese cerebro motriz que programa todas las acciones de los «fotopensantes». Y que a través de ellos pretende conseguir algo, y ese algo, Fallon, lo he dicho ya, es dominio..., PODER. Y hay un hecho que desde el principio no he tenido muy claro, un hecho que ahora incide sobre todo esto. ¿Por qué James McEnroe se atrevió a experimentar algo tan delicado como esos

ojos destructores sin contar con la aquiescencia de sus superiores?

—Es algo que preocupa mucho a Washington —admitió Fallon. Añadiendo—: Casi tanto como la muerte de esos tres científicos de Venus, que yo trasladaba en la Diagonal 102 a la Tierra. McEnroe trata de justificar lo que es injustificable..., ¡pero lo tienen frito a interrogatorios! Más de doscientos agentes de distintos servicios de inteligencia de varios países asisten a esas especies de ruedas de prensa a que someten al agotado ingeniero de la Maxum Genetic Incorporated. Yo, Taik, pienso sinceramente que McEnroe era el primer escéptico con relación al éxito de sus experiencias con las pupilas extintoras. Y que por ello y no por correr con el posterior ridículo, prefirió silenciar ese su primer intento.

—Cabe en lo posible... —pero no parecía estar muy convencido T.E. y sentenció—: Lo que sí es seguro es que estamos perdiendo lamentablemente el tiempo. Akan Sharif me ha tendido un puente para facilitar en algo mis posibilidades de éxito y creo que debo aprovecharlo, ya.

A renglón seguido informó a Fallon con respecto a Wolfang Fisher y Prudence Larkin, así como de la falsa noticia relativa a la muerte de Taik Edward a bordo de su nave, que había hecho circular por la Luna el delegado allí del Space Intelligence Control, para confiar a la pareja.

—¿Y qué piensas hacer, T.E.?

—¿Pensamos —la corrigió.

—¿Cuentas conmigo?

—¿No ha dicho Cornel Nelson que debías colaborar conmigo, Fallon?

Ella estaba orgullosa y satisfecha, por supuesto.

—Creí que...

—Que ibas a librarte de los peligros y estar presente exclusivamente en el momento de los éxitos y las medallas, ¿no? ¡Ni hablar, pequeña!

—Pero sigues sin decirme...

—Tú girarás una visita, ahora mismo, a ese Cosmocenter Biologic University, para explicarles al señor Fisher y a la señorita Larkin que yo, desde la Tierra... —siguió hablando, en voz baja,

durante un espacio aproximado a los cinco minutos. Inquiriendo después—: ¿Todo claro?

—De acuerdo, T.E. ¿Y cómo entrarás tú en el lugar?

—Se encargará de ello un amigo mío.

—¿Quién...?

—Paciencia, Fallon, paciencia. Algún día te hablaré de él. ¿En marcha?

Fallon Worleys se puso en pie con aspecto decidido y expresión resolutiva en las bellas facciones de su rostro de singulares ojos verdes.

Afirmó:

—En marcha.

***

Había salvado sin el menor problema los controles del Cosmocenter Biologic University.

Le había bastado identificarse y decir:

—Traigo un mensaje para el señor Fisher.

—Cuál es su mensaje, señorita... Worleys ha dicho que se llama, ¿no?

Miró ella al hombre muy alto y extremadamente delgado que había accedido a recibirlas en el mismo banco de laboratorio donde realizaba sus experimentos e investigaciones.

—Fallon Worleys, sí.

—¿Y bien...?

—El mensaje, es de un muerto.

—¿Bromea usted, señorita Fallon? —enarcó las cejas con aquel aspecto distraído que parecía caracterizar a todos los sabios, el biólogo Wolfang Fisher.

—Me lo dio antes de morir —aseguró la hermosa teniente de las

radiantes pupilas verdes.

—¡Ah...! Eso es otra cosa. ¿Y qué dice el mensaje, señorita?

—Es muy escueto...

—¿Quiere no hacerlo más enigmático, por favor?

—Taik Edward se comunicó conmigo antes de que su astronave fuera destruida, diciéndome que le transmitiera el siguiente texto; *De nada servirá que me asesinéis. Vuestros días están contados. En la Tierra ya saben quién es Louis Weingarten y dónde se halla.*

Si Fallon esperaba que el otro se alterase, que su rostro ofreciera una expresión preocupada, que se mostrase nervioso o algo similar, se llevó el primer desengaño.

Al oírle susurrar:

—Es usted una estupenda actriz, señorita Worleys. Lo ha hecho muy bien. Pero ¿de veras piensa que nosotros... los «fotopensantes», somos idiotas?

Procuró mantener el dominio de sí misma. Y dijo: —No le entiendo, profesor Fisher. ¿«Fotopensante»... ha dicho?

—Soy..., soy «fotopensante», y usted lo sabe. Como yo sé que la nave del señor Edward no fue destruida y que sí lo fue la Iokonaza Fire, que tripulaban mis compañeros al mando de Jerry Miller. Usted tuvo oportunidad de conocer al señor Miller, ¿verdad?

—Sí... —entendió Fallon que era absurdo seguir con el juego. Añadiendo—: Es cierto. Como cierto es también el contenido de mi inicial mensaje.

—T.E. es un iluso y usted otra al creer que él es un tipo todopoderoso al estilo de ese Superman de ficción con que se distraían los niños del siglo XX. Usted, Fallon Worleys, va a morir. Ahora... ¡Prudence!

Por entre aquel entramado laberíntico de anaqueles, estanterías metálicas y armarios que poblaban el amplio laboratorio, surgió una mujer de buena planta, bien formada y agradable su físico, que traía en la diestra una jeringa gigante y en la zurda una jaula conteniendo un pequeño roedor.

Prudence Larkin puso la jaula encima del mármol donde estaba acodado Wolfang Fisher y sin decir palabra, dejó en libertad el

ratón.

Pronto echó a correr el diminuto animal y ella, alzando la jeringa, apretó velozmente el émbolo.

Un chorro del líquido que contenía cayó encima del roedor abrasándolo en fracciones de segundo y dejando por toda huella de su existencia un pedazo de piel chamuscada.

—¿Te gusta, mujer? —inquirió entonces Prudence, mirando con odio a la teniente Worleys.

Fallon se estremeció.

—Así quedará usted, señorita Worleys —sentenció, ominoso, con expresión diabólica y ojos brillantes el supuesto biólogo que decía llamarse Wolfang Fisher y que no era más que un sustituto del verdadero profesor, que previamente fuera asesinado.

Prudence Larkin, convertido ahora su bello rostro en una máscara de horror, en una expresión cruel y sádica de muerte, enfiló la jeringa hacia el cuerpo de Fallon Worleys.

Y con una crispación demoníaca en sus facciones...

¡ZAS!

Apretó el émbolo hacia abajo.

—¡Nooooooo! —aulló, despavorida, Fallon, tratando de hurtarse a la lluvia del líquido corrosivo.

***

—¿Estás conmigo, Astroax? —inquirió T.E. con el cerebro, en silencio—. ¿Eres consciente de que te necesito?

—*Siempre está en ti una porción de mi pensamiento, Taik.*

—Sabes entonces lo que quiero, ¿verdad?

—*Sí...* —las ondas telepáticas traían al cerebro de T.E. las palabras y la voz del semidiós de la lejanísima civilización Laot—. *Que te traiga a mí y luego te piense dentro del laboratorio donde investiga el profesor Wolfang Fisher. Y tú. Taik, sabes que Wolfang no es Wolfang, ¿verdad?*

—Lo sé, Askroax. Se trata de un «fotopensante» que ha

sustituido al genuino biólogo.

—Cuando hayas terminado con él, procurando antes que te diga todo cuanto sabe, regresa a la Tierra. T.E. La resolución a tus problemas, a los problemas de los humanos, está allí.

—No te entiendo muy bien, Askroax.

—Wolfang Fisher es posible que te ayude a entender. ¿Estás dispuesto. Taik?

—Sí. ¡Adelante, Askroax! Piénsame dentro del laboratorio de Fisher...

* * *

—¡Noooooo! —volvía a gritar, aterrada, la teniente Worleys.

Aceptando el irremediable destino a que la abocaba aquel chorro de líquido destructor que ya casi la humedecía.

—¡Fallon!

Insólito.

T.E. nació de pronto, allí, dentro del laboratorio, volando como un enorme pájaro humano que con sus alas, sus brazos, arrancó a Fallon Worleys literalmente del suelo, fracciones de segundo antes que el líquido dañino, destructor, cayera encima de su cuerpo exuberante reduciéndolo a un montón de piel chamuscada.

—¡Gracias, T.E.! —saludó, mientras volaba por el ámbito del laboratorio colgando de los brazos del extraordinario individuo que si era excepcional en el amor no podía decirse que lo fuese menos a la hora de la acción.

Wolfang Fisher centró sus pupilas en el humano volador y su «presa».

Las hacinó sobre ellos de manera extraña, significativa.

Cuyo enigma entendió T.E. al punto.

—¡Está provisto de pupilas extintoras! —exclamó, al tiempo que tiraba el cuerpo de Fallon entre dos estanterías, de forma que quedara protegido a las emisiones atomicoinfrarrojas de los ojos de

Wolfang Fisher.

Prudence, entretanto, había alcanzado otra de aquellas siniestras jeringas gigantes con cuyo líquido contenido intentaba rociar el oscilante y volador cuerpo de Taik Edward.

T.E. pudo eludir un primer envío de aquella pringue corrosiva y le metió el puño derecho a la pérfida hembra, sin contemplación alguna, en mitad de la garganta. La fuerza de por sí brutal de Taik, unida ahora a la que le proporcionaba la inercia de su extraordinario planeo, fueron consecuencia de que la nuez de Prudence Larkin fuese a salir, casi, por la nuca.

Un rugido de rabia y dolor huyó por entre los labios de ella.

—¡Aaaaaaag! ¡Mald...! ¡Aaaaag!

Los pies de Taik hicieron un quiebro en el aire y luego se estrellaron en el cuerpo de Prudence Larkin, obligándola a una extraña cabriola, en el transcurso de la cual, el resto del líquido prisionero en la monstruosa jeringa se derramó por completo encima de quien lo pretendía utilizar para reducir a cenizas a los humanos.

El alarido, esta vez, fue demencial.

Estremecedor.

Excitante, agónico y bestial.

—¡AAAAAG!

Y luego, de la hermosa y cruel «fotopensante», sólo quedó un puñado de piel arrugada. Crujiente. Incinerada.

Wolfang había tratado de perseguir con sus ojos letales y sus emisiones homicidas el físico inestable de T.E. Pero la violenta acción y la velocidad que en ella ponía, así como el continuo cambio en su ubicación de espacio, habían impedido que ninguna de las expulsiones desintegradoras le hubiese alcanzado.

Fisher entonces trató de hallar una posición dentro de la geografía del laboratorio desde la que pudiese controlar totalmente al otro y reducirle a la nada con sus envíos atomicoinfrarrojos.

Entendió que era imposible como consecuencia de la proliferación de armarios y estanterías que permitían a T.E. encontrar cobijo y protección.

—¡Si no hubiese fallado el estúpido de Miller! —se lamentó el falso biólogo.

—Te envié a mi introductora de embajadores para advertirte de tu destino, Wolfang. Y en vez de hacerle caso…

—¡Voy a pulverizarte, T.E.!

—Jerry Miller no lo consiguió, Jas Daspray tampoco, y tú serás el tercero en fracasar. Pero puedo ofrecerte un trato, Fisher.

El «fotopensante» entendió que le convenía seguir hablándole para así, partiendo de la referencia de su voz, ubicar correctamente la postura de Edward, sorprenderle y desintegrarlo con la carga mortífera de sus pupilas.

—¿Un trato…? —inquirió, mientras avanzaba sigiloso hacia el punto de procedencia del registro fónico de T.E.—. ¿Cuál?

—Me dices dónde está Weingarten y serás de los «fotopensantes» que salven la vida y a los que sólo se les anulará la energía registrada en su cavidad cerebral. ¿De acuerdo?

—¿Me estás proponiendo que acepte ser reducido a un robot de carne y hueso? —Wolfang proseguía adelantándose hacia Taik, consciente de que ya estaba muy cerca de el.

—Siempre será mejor que morir del todo, ¿no?

—¡Tú eres el único que va a morir!

Y tras la exclamación, Fisher pegó un salto, apareciendo frente a Taik.

La estrechez de aquel pasillo entre estanterías no permitía excesivos alardes.

T.E. agachó la cabeza al punto embistiendo con ella a Wolfang cuando éste le enviaba las emisiones mortíferas de sus pupilas, a cuyo caudal se zafó por fracciones de segundo.

El impacto contra el tórax del supuesto biólogo fue, además de fortísimo, sonoro.

Fisher se fue al suelo, arrastrando estantes, de los cuales cayeron sobre él, frascos, probetas, tubos de ensayos, jeringuillas y otros utensilios más.

Taik se vino encima de Wolfang, apartando a puntapiés los

objetos para pisarle el cuello al tipo, justo en lo alto de la nuez, y apretando.

Resopló, echando un líquido rojo-negruzco por las fosas nasales.

El terrestre extra aflojó la presión, preguntando:

—¿Quién es Louis Weingarten?

Soplaba, jadeaba y gruñía. Pero entendiendo que T.E. iba a chafarle el cuello hizo un esfuerzo para lograr responder.

—El mismo que te visitó en tu oficina de la Tierra diciendo llamarse Austin Joston. El… ¡él es nuestro jefe supremo!

—Ya. ¿Y dónde puedo encontrarle?

—No lo sé exactamente —seguía jadeando como una vieja y legendaria locomotora de aquellas que aún habían legado algunas fotos a los humanos del siglo XXII, ilustrando libros en los que se resumían los avances del hombre y las maquinas a través de la historia. Soplaba como una antiquísima locomotora de vapor, sí. Cuando tuvo el suficiente aire en sus pulmones, dijo—: Creo que tenía previsto hacerse pasar por un ingeniero genético de la Maxim Genetic Incorporated que se llama, se llama…

La suela de la bota de T.E. presionó el hueso del cuello estimulando, obvio, la memoria del «fotopensante».

—…¡Leonard Monaha!

Siguió, Taik, apretando.

Y no porque él se complaciera en el siniestro afán de la muerte, sino porque la alternativa era única. Dejar vivo al supuesto Wolfang Fisher era correr excesivos riesgos, riesgos de todo punto innecesarios, cuando estaba en juego la seguridad y libertad de toda la raza humana.

Wolfang hubiera intentado seguirle para acabar con él, pero antes habría comunicado a sus congéneres en la Tierra, lo sucedido, lo que se había visto obligado a decir y lo que seguramente pretendía hacer T.E.

Taik, por todo eso, siguió apretando

—¡Gockkkkk!

Surgió un pedazo de lengua amoratada.

Muerto.

—¡Fallon! —llamó Taik—. Puedes salir, pequeña.

Lo hizo, recomponiendo su aspecto. Y fue a sepultarse entre los brazos del terrestre extra.

—¡Oh, Taik! ¡Oh...! ¡Cuánto miedo he pasado!

—No hay de qué preocuparse ya, pequeña. Por el momento, claro... Tenemos que irnos de aquí con rapidez.

—¿Dónde?

—A la Tierra... ¿Has oído lo dicho por Fisher?

—Sí... Pero con una astronave rápida, tardaremos un mínimo de cuatro a cinco horas. Mucho tiempo, ¿no crees? Si los «fotopensantes» de la Tierra se comunican con... —hizo un signo evidente abarcando el espacio ocupado por el laboratorio—. ¡comprenderán lo sucedido! Y a partir de ahí tu misión se verá erizada de complicaciones y dificultades, Taik.

—Creo que tienes razón, sí... —se mordía, una vez más, su carnoso labio inferior. Y ahora, en la expresividad de sus agradables facciones varoniles no estaban presente aquellas características de hábito burlón, escéptico y cínico. T.E., quizá por primera vez en su extraordinaria existencia, estaba preocupado, hosco—. Sí, la tienes —añadió. Reiterando—: Sí...

—Lamento haber sido tan sincera. O demasiado real, ¡qué sé yo!

—La realidad es algo que nunca se puede eludir, Fallon. Ni tan siquiera aplazar porque luego, cuando surge con toda su fuerza... —se interrumpió, de súbito, dándose una brusca palmada en la frente. Y gritó—: ¡Askroax! ¡Sólo puede...!

—¿Askroax? —repitió, asombrada, la teniente Worleys.

T.E. sujetó a Fallon por los hombros, más que sujetarla la sacudió, diciéndole:

—Hay algo que no vas a comprender y que ahora no puedo explicarte, pequeña. Pero prometo hacerlo en su momento, ¿vale?

—Acepto tu palabra, T.E.

—Bien... Entonces, no te sorprendas por nada. Ni me contestes, porque no es contigo con quien voy a hablar, sino con él.

—¿Con... Aslroax?

—Sí... —ella vio el esfuerzo mental de concentración que hacía el terrestre extra y le oyó preguntar, segundos después—: ¿Estás conmigo, Askroax?

—*Lo estoy. Taik. Y sé lo que vas a pedirme* —la respuesta telepática del semidiós de Laot llegó hasta el cerebro de TE.

—¿Entonces...? ¿Podrás...?

—*La Tierra se encuentra en una dimensión de tiempo y espacio en la que puedo pensarte. A ti y a la chica. Y creo que voy a hacer algo más..., porque ésta será la última vez que me halles. Taik Edward.*

—¿La última? ¿Por qué, Askroax?

—*Debo emprender un viaje muy largo para trasladar mi civilización lejos del alcance de otros dioses enemigos. Tendré que viajar a otros espacios que se hallan a miles de billones de años luz, lugares en los que mi contacto telepático contigo será imposible. Por ello y como despedida. T.E., voy a solucionar tu problema y el de tu civilización. Estáis amenazados, como la mía, y me hará muy feliz contribuir a vuestra salvación.*

—No acabo de comprenderte bien, Askroax.

Fallon observaba, sin poder evitarlo, con notable asombro y excitada curiosidad, las crispaciones físicas que se producían en la expresividad de Taik como consecuencia del tremendo esfuerzo psíquico de concentración a que estaba sometido.

Y le sorprendía que a veces, él, acompañara el pensamiento con sonido a través de los labios, cosa que sucedía por instinto, por inercia humana, y que otras llevase en absoluto el diálogo con el silencio el diálogo con misterioso Askroax.

Pero ella, contenía hasta la respiración, pese a todo, para no turbar el retiro mental de T.E.

—*Os recogeré en mí, a la chica y a ti, para pensaros posteriormente en el momento* y *lugar de la Tierra donde se encuentra el verdadero cerebro motriz de los insurrectos «fotopensantes»* —siguió diciendo en lo más profundo de la *psiquis* de Taik Edward el envío telepático de Askroax, el poder de sus emisiones cerebrales. Y le oyó preguntar —: *¿Comprendes ahora?*

—Sí, Askroax.

—*Únete a la mujer y pronuncia la frase por vez postrera.*

T.E., de forma maquinal, ciñó con fuerza la cintura de Fallon Worleys.

Y pronunció, con mística reverencia:

—¡Que tu fuerza y la de las galaxias sea conmigo, Askroax...!

CAPITULO VIII

—¿Y no pensó usted en ningún momento, profesor McEnroe... —inquirió Yuri Alexandro Alexandrov, jefe supremo de los servicios de inteligencia de la URSS, destacado por su gobierno en Washington para asistir e intervenir en los interrogatorios que debían efectuarse al ingeniero de la Maxim Genetic Incorporated como consecuencia de su conducta temeraria en el asunto de los «fotopensantes»—, que al instalar en las cuencas de esos entes pupilas extintoras, cometía usted un delito de alta traición hacia su país y hacia toda la humanidad?

James McEnroe, con algo más de una cincuentena y media de años sobre sus cargados hombros, abatida la expresión, fatigado, sudoroso incluso, pareció hacerse más pequeño. Sus ojillos huidizos dio la sensación de que trataban de ocultarse en lo más íntimo de las órbitas, pero al fin, mirando de frente al inquisidor, le dijo, pausado:

—Yo creo, señor Alexandrov, que esta pregunta la he contestado en los últimos días más de mil veces. Y a la invariable respuesta de siempre sobre el escepticismo del éxito de mi experimento, es más, del total convencimiento de absoluto fracaso... debo añadir ahora que la comisión de un delito sólo es tal cuando existe la verdadera e indiscutible intencionalidad de causarlo.

—¿Cuál era entonces su intención, profesor? —intervino ahora Malcolm Olivier, representante del Intelligence Service de Su Majestad británica.

—Ensayar la posibilidad de un arma efectiva como ninguna otra para defendernos de una futura y posible agresión extraterrestre.

—Pero si estaba convencido del absoluto fracaso de su experimento —se sirvió de las propias palabras del ingeniero genético, Cornel Nelson, director de la sección USA del Space Intelligence Control—, ¿para qué llevarlo a cabo con entes que

podían acabar convirtiéndose en un gravísimo peligro? ¡Como de hecho ha sucedido!

James McEnroe se enjugó con un pañuelo el sudor grasiento que corría por las arrugas de su frente.

Anunció después:

—La mayoría de inventores, descubridores y científicos, no daban una moneda por sus experiencias… ¡pero tuvieron que ensayarlas para salir de la duda! ¿Cómo si no se controlarían ahora las enfermedades letales apenas hace un siglo y medio, y cito por citar algunas el cáncer y la leucemia? ¡Por eso, para salir de dudas, hice la prueba!

—Silenciándolo a su gobierno y a los demás gobiernos del mundo… —insistió una vez más Yuri Alexandro Alexandrov—, ¡jugando con la libertad y seguridad de todos los habitantes de la Tierra! Cómo, ahora, señor McEnroe, vamos a reducir el terrible peligro en que se han convertido sus «fotopensantes» provistos de pupilas atomicoinfrarrojas, ¿eh?

—Tampoco entiendo de qué procedimiento se valió para conseguir esos extraños… —intervino de nuevo Malcolm Olivier—, y digo *extraños* por llamarlos de alguna forma, ojos. Es un punto que en ningún momento ha quedado excesivamente claro.

—Explíquese al respecto —insistió también Cornel Nelson. James McEnroe, con el índice y corazón de la diestra aflojó, instintivamente, el opresor cuello de su camisa túnica. Y tras un fugaz silencio, dijo:

—Yo partía del principio básico del trasplante de córnea… era, es, muy similar al trasplante. Aunque en mi procedimiento intervienen, naturalmente, todos los elementos del ojo humano. La esclerótica de la córnea sin que perdiera sus funciones físicas se convertía a la vez en depósito y generador de energía atómica. El iris actuaba como válvula reguladora de expulsión que tenía la salida del rayo atomicoinfrarrojo por medio de la retina, cuyo funcionamiento se debía a impulsos de la pupila, cuando ésta… míreme a los ojos, señor Alexandrov —obedeció, por instinto, la orden, el representante soviético—, cuando la pupila —prosiguió James McEnroe viendo fija en la suya la mirada de Yuri Alexandro Alexandrov— se contraía un número determinado de veces, *como yo ahora estoy contrayendo la mía y enviando hacia usted…*

Se registró, en aquel preciso instante, cuando el ingeniero de la

Maxim Genetic Incorporated mutaba su expresión cansada por un reflejo de mortal crueldad, cuando daba una siniestra entonación a sus palabras, cuando se proponía desintegrar al jefe supremo de los servicios de inteligencia de la URSS en presencia de sus colegas de otros países, quizá como aviso y escarmiento... se registró entonces precisamente, una fuerte conmoción en aquella amplia estancia insonorizada del edificio que coordinaba la movilidad de los servicios de seguridad estadoiberamericanounidos, que se había elegido para celebrar los interrogatorios del ingeniero genético James McEnroe.

Una conmoción, sí.

Sorprendente conmoción, también.

Sólo Cornel Nelson, al reconocer al hombre y mujer que lo acompañaba, tan incomprensible como súbitamente nacidos allí, en mitad de la estancia, cual si ambos cayesen del suelo, gritó crispadas las cuerdas vocales:

—¡ T.E.! ¡Y FALLON WORLEYS! ¿COMO DIABLOS...?

—¡Cuidado, Alexandrov! —gritaba Taik Edward, tras dejar en tierra a la hermosa Fallon—. ¡Va a desintegrarle!

James McEnroe, tan sorprendido o probablemente más que el resto de la concurrencia, desvió sus ojos letales de la figura del ruso para centrarlos en el cuerpo de Taik Edward, rugiendo:

—¡Maldito T.E.! ¡Dije que causarías problemas! ¡Que había que eliminarte antes que nada! ¡Que era el único obstáculo...!

Taik, en uno de sus insólitos planeos atrapó al genético antes de que éste tuviera opción de actuar con sus pupilas extintoras, llevándolo con él por los aires para rebotarlo contra una de las paredes de la estancia.

McEnroe, pese a su fragilidad física, reaccionó rápidamente, sobreponiéndose al violento topetazo, extrayendo de la sobaquera una pistola expulsora de rayos láser, con cuyas emisiones trató de envolver el cuerpo de T.E.

El terrestre extra hubo de hacer un fantástico escorzo, ante el asombro general del auditorio, en aumento desde que él apareciera allí como por arte de magia, para zafarse al aura carbonizadora.

Cornel Nelson, el primero en reaccionar, salto entonces sobre el ingeniero genético.

T.E. tras el escorzo hizo lo mismo.

Nelson y Edward chocaron en el aire, estorbándose mutuamente, golpeando ambos con la cabeza, trastabillando… Perdiendo los dos el equilibrio para quedar, durante instantes, mortales instantes, a merced de la pistola ferozmente empuñada por James McEnroe.

Que sonrió con sádica crueldad al apretar el gatillo con diabólica alegría; aullando:

—¡Muerte a los dos, malditos!

Fallon Worleys, serena pero quizá con un leve temblor en su mano derecha, oprimió el expulsor de su pistola infrarroja segundos antes de que McEnroe obrara en la suya de mayor capacidad letal.

Pero los rayos escupidos por el arma de la hembra fueron a impactar justamente en los ojos del ingeniero genético, los cuales, merced a su carga atómica, hicieron estallar en fragmentos la cabeza de James McEnroe.

—¡Al suelo, señor! —T.E. se fue a tierra, llevándose a su ex jefe para que no les salpicase ningún rayo letal ni tampoco la sangre y la masa encefálica que despedía el reventado cráneo del genético.

Boca abajo ambos preguntó el director de la sección USA del SIC:

—¿Era McEnroe entonces…?

—Era.

—¿Y Louis Weingarten?

—El «fotopensante» que le servía de conexión a James con el resto de robots humanos. McEnroe era en verdad el cerebro motriz, el que controlaba las evoluciones y actos de los «fotopensantes», que ahora, no son más que seres sin capacidad de acción, indefensos, sin voluntad…, a la espera de un cerebro que les controle y programe.

—Muerto McEnroe… —musitó, Nelson, decúbito prono aún.

—Muerto McEnroe… —repitió, Taik, cortándole—, ¡a otra cosa mariposa!

—¿Qué quiere decir, Edward?

—Que me marcho, señor.

—¿Adonde, T.E.?

—A meterme en la cama con Fallon Worleys.

—¡Coño, Taik! ¡Usted no para! ¿Es que no se cansa nunca?

No hubo respuesta porque T.E. ya estaba en mitad de la sala, ciñendo la frágil cintura de la muchacha de los enormes ojazos verdes, aplastándola contra él, sintiendo el calor y vértigo que le producía el impacto de aquellos pechos agresivos, besando su boca de fresa, saboreando aquellos labios de locura carmesí…

Mientras ella no hacía otra cosa que lanzar jadeos entrecortados, suspiros de profunda satisfacción…

Yuri Alexandro Alexandrov, que había acudido presto junto a Cornel Nelson para ayudarle a levantarse, preguntó:

—¿Quién es ese tipo tan insólito?

—El terrestre extra —repuso el director USA del Space Intelligence Control.

—¡Ah…! .—el ruso abrió mucho la boca. Y exclamó luego—: ¡Menuda suerte tiene!

—¿Por…? —atisbo Nelson.

—¿No ha visto cómo está ella, amigo?

Cornel Nelson miró con asombro al soviético. Y después hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. T.E. tenía muchísima razón, porque…

«Es que hay cosas, señor, que siguen sin tener enmienda.»

Eran palabras del terrestre extra.

Era… ¡la única verdad que perduraría a través de todos los siglos!

Por eso, T.E. salió de allí sin dejar de apretarse contra Fallon.

—Te quiero, muñeca —le dijo.

—¿Para siempre…?

—Para siempre —afirmó él, categórico.

—¿Sin que tenga que compartirte con ninguna otra?

Pensó, por unos instantes, en Nicola. Dio un manotazo en el aire, como borrando la imagen de la excitante pelirroja, al tiempo que contestaba, decidido:

—Con ninguna.

Se volvieron a besar, con pasión. Y terminado el ósculo febril y ardiente, Fallon y Taik, se volvieron desde la puerta de aquella sala insonorizada para saludar, brazos en alto, a los todavía sorprendidos miembros de la seguridad e inteligencia de todos los países del mundo.

—¡Adiós...!

Se fueron.

Muy cogidos por la cintura.

Muy preocupada, Fallon para que no se le escapara aquel hombre como el que no había, ni habría otro, en la corteza de la Tierra.

Y él, como si le leyese el pensamiento, musitó:

—Tus ojos verdes, preciosa, son las rejas de mi cárcel de amor. Jamás podré escapar de ti.

Ese era, para el singular Taik Edward al que los amigos llamaban T.E. y todos calificaban como terrestre extra; era el...

FIN

- [1] Unidad monetaria al uso en la época con cambio intercontinental, cotización en todos los mercados del mundo y de uso interior en cada país (amén de su propia moneda), pero más bien empleada para transacciones con otros estados.